

Artista visual invitado: Gabriel Garvo



g r i f o

PLOP

DIRECTORES

Sebastián Duarte Rojas
y Celinda Tapia Solar

AYUDANTE

Millarai Sazo Salazar

DIRECCIÓN DE ARTE Y DISEÑO EDITORIAL

Perla Arrué Cornejo y Sara Silva Garrido

ARTISTA VISUAL INVITADO

Gabriel Garvo

IMAGEN DE PORTADA

Ilustración creada por el artista
para este número

COLABORADORES

Julio Carrasco, Francisco Díaz Klaassen
y Maximiliano Díaz Troncoso

COMITÉ DE EDICIÓN

Rayén Cancec, Ricardo Díaz,
Benjamín Fernández,
Amparo Izquierdo Novoa,
Hernán Gabriel Pasternak
y Vicente Sepúlveda

COMITÉ MULTIMEDIA

Antonia Fuentes Cornejo, Shirley F. Aravena,
Bryan Ibarra Sáez, Millaray Jiménez Quevedo
y Anahi Varas

COMITÉ DE PRODUCCIÓN

Gastón Acevedo Muñoz,
Victor Cantera Gutiérrez,
Arantxa Fischer Ceballos,
Isidora Illanes Arechavala,
Antonia Vargas Herrera y Antonia Viedma

PÓDCAST LA GOTERA

María José Campino,
Millaray González López, Javier Lefilaf Sabja,
Tomás Matus Fontecilla, Luciano Sué
y Daniella Toro Suárez

Sigue nuestras redes
sociales y revisa
nuestro contenido



INSTAGRAM
@revista_grifo

FACEBOOK
@revistagrifo.lit

X (TWITTER)
@GrifoRevista

TIKTOK
@revista_grifo

YOUTUBE
Revista Grifo

grifo

ISSN: 0718-4786

Esta publicación es producto del trabajo
realizado en el curso **Taller de Revistas**

Escuela de Literatura Creativa,
Facultad de Comunicación y Letras,
Universidad Diego Portales



↑
www.revistagrifo.udp.cl

ÍNDICE

Plop	
P. 6	El dinosaurio de Shakespeare por Francisco Díaz Klaassen
P. 12	Mercurio, el gran culpable por Millaray González López
P. 13	Consejos para celebrar el Dieciocho siendo buena clase por Gastón Acevedo Muñoz
P. 14	Extractos de <i>Fuimos a bombardear Croacia</i> por Julio Carrasco
P. 18	Sam y Sammy por Hernán Gabriel Pasternak
P. 29	Sobre el artista visual invitado: Gabriel Garvo
P. 30	Cinco poemas por Maximiliano Díaz Troncoso
P. 32	Río felino por Luciano Sué
P. 34	Ruido de fondo por Antonia Viedma
P. 36	A través del viento, la sal y la nieve por Millaray González López
P. 38	Mis últimos sueños por Anahi Varas
P. 40	Ida por Rayén Cancec
P. 42	Leche cortada por Amparo Izquierdo Novoa
P. 47	Crítica de libros
P. 48	<i>El valor del silencio</i> , de Isabel Larraín por Rayén Cancec
P. 49	<i>Ligia</i> , de Rosabetty Muñoz por Javier Lefilaf Sabja
P. 50	<i>Holly</i> , de Stephen King por Vicente Sepúlveda
P. 51	Concurso literario escolar
P. 52	Un espacio vacío por Lucas Fonseca Jiménez
P. 54	Este año no hay cosecha por Benjamín Bettini



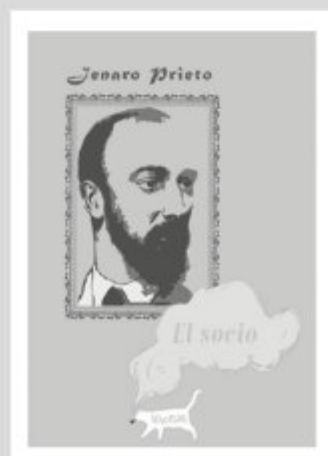
Disponibles en www.lom.cl y en todas las librerías del país



@lom_ediciones



VISÍTANOS EN
WWW.VISCERASEEDITORIAL.COM



PLOP

100

En este rincón alargado del planeta, nos hemos especializado en hacer del sufrimiento un arte, y del arte, una procesión de penas. Basta mirar casi cualquier obra de arte chilena para confirmar que, en estas latitudes, nos gusta llorar. Pero entre lágrima y lágrima, también florece algo inesperado: la risa. Esa risa nerviosa, sarcástica, que brota desde las grietas del desastre. Porque si hay algo que sabemos hacer mejor que quejarnos, es reírnos de nuestra propia desgracia o, las más de las veces, del absurdo de nuestra existencia.

Este número de *Grifo* propone justamente eso: torcerle la boca al lamento hasta que se convierta en carcajada. Salir un rato del túnel oscuro de la melancolía para encender la llama del humor, o al menos del sinsentido. Nos lanzamos a buscar lo cómico en lo cotidiano, lo ridículo en lo político, lo absurdo en lo más serio. Queremos demostrar que también se puede pensar desde la risa y que el humor no es evasión, sino otro modo de acompañarnos y decir: "Sí, esto duele, pero al menos no estamos solos para reírnos de ello".

#49

El dinosaurio de Shakespeare

por Francisco Díaz Klaassen

Introducción:

El humor, un asunto de líneas

Una egipcia, un chileno y un gringo entran a un bar en Estados Unidos.

La egipcia llama sudaca al chileno y el chileno le responde tildándola de terrorista.

El norteamericano se ofende por los dos.

Nadie se ríe.

En la literatura la sincronización de las emociones es la primera —si no la única— manera de entender lo que está pasando.

¿Cómo sabemos que no hay que asustarse de los árboles que hablan en *El señor de los anillos*, pero sí de los de *Evil Dead* y *Poltergeist*?

Lo que importa no es tanto cómo se ven ni lo que hacen esos árboles. Lo que importa es cómo reaccionan los personajes cuando los ven.

Con el humor pasa igual. La actitud de quien escucha el chiste tiene que reflejar la actitud de quien lo cuenta.

Las reacciones pueden diferir subjetivamente (se supone que hay personas que llegan a mearse de la risa), pero no cabe duda: el humor se produce solo cuando se comparte una comprensión.

Si la ironía es un triángulo entre tres puntos (dos personas entendieron algo que un tercero no), el humor es una línea recta entre dos.

Estos son ensayos por lo tanto que pueden o no ser chistosos. Dependerá de esa línea.

Los amores literarios

Al comienzo de los Amores, Cupido interrumpe la escritura de Ovidio, entorpeciendo sus versos, obligándolo a escribir, en vez de hexámetros, elegías. Solo entonces lo hace enamorarse.

Insisto en esto: primero la escritura, después el amor.

Es decir: el estilo prefigura el tema, la forma viene antes que el fondo.

O también: uno solo puede sentir algo cuando está predispuesto a sentirlo. Es como si el bueno de Ovidio pensara, y quisiera que nosotros pensáramos con él, que no es posible que alguien que corre apresurado buscando un baño vaya a encontrarse, en cambio, con el amor.

Las mentiras literarias

Una vez uno de sus amigos pilló a Joseph Roth contando una mentira y lo encaró. ¡Nunca la volveré a contar!, le prometió compungido. Pero después de una corta pausa añadió, con los ojos brillantes:

—Si está usted presente.



Las cochinadas literarias

Margery Kempe, nacida en 1373, en medio de lo que hoy describiríamos como un hogar de clase media alta, se casó a los veinte años y en algún momento, entre el nacimiento de su primer hijo y su fracaso en los negocios familiares, se volvió loca. Es decir, vio a Jesús. Jesús le habló y ella le contestó. Trece hijos más tarde, consiguió (¿consiguieron, ella y Jesús?) convencer a su esposo para que este la acompañara en una peregrinación por Europa y Tierra Santa.

La naturaleza del viaje, además de marcarlo con los peligros de rigor (la posibilidad de encontrar piratas, la posibilidad de no encontrar comida, la posibilidad de encontrar la muerte bajo el sable o el hambre o incluso el ataque de un león) implicaba, además, un voto de castidad. Después de trece hijos, no parece mucho pedir.

Sin embargo, no todos estaban tan satisfechos con este pacto público con el hijo de Dios. En pleno peregrinaje a Jerusalén, el esposo de Kempe se detuvo y, cortándole el paso a su mujer, le dijo:

—Margery, si llegara en este momento un bandido blandiendo una espada y, poniéndola bajo mi barbilla, te dijera que a menos que hagamos el amor, como solíamos hacerlo, si recuerdas, me va a cortar la cabeza, ya que tú nunca mientes, o por lo menos eso me aseguras, dime si me dejarías morir o me permitirías ya-

cer a tu lado, como alguna vez lo hice, para hacer lo que alguna vez hicimos.

Margery no pareció inmutarse y respondió lo siguiente sin levantar la vista:

—Para qué me preguntas esas tonteras si sabes que llevamos ocho semanas castos.

El hombre dudó uno o dos segundos, sopesando la situación, no sabemos si sorprendido o experimentando un súbito brote de pena, pero enseguida insistió:

—Porque quiero conocer la verdad de tu corazón.

—Mira: preferiría verte muerto antes que volver a hacer cochinadas contigo.

La crítica literaria

Menciona Bioy en sus diarios una crítica negativa que le hacen a uno de sus mejores libros, el *Diario de la guerra del cerdo*. Se la destruyen por no usar los garabatos “de rigor” al escribir sobre gente joven, algo que a juicio de la persona que firma la crítica vuelve la novela, que trata de una conspiración juvenil para acabar con la gente vieja, inverosímil.

Bioy se enoja primero con la crítica y después consigo mismo por dejarse llevar por ese enojo. Dice que al darle peso y escribir sobre esa crítica en su diario, en el futuro alguien tendrá que explicar en alguna nota al pie quién era esa académica y qué hacía y dónde lo hacía.

El editor de los diarios de Bioy ha tenido la delicadeza de agregar una nota al pie en esta entrada, explicando quién era esa profesora. Y qué hizo. Y dónde lo hizo.

Una isla literaria

Un detalle curioso de Bioy, o admirable, según cómo se mire, es que el libro siguiente a *La invención de Morel*, posiblemente —y con permiso de Defoe y Wells y Golding—, la más famosa de las narrativas que transcurren en una isla, transcurre, de nuevo, en una isla.

Lo mismo ha hecho Judith Schallansky con su segundo inventario, sobre cosas que ya no existen más en este mundo. Su primer libro se ocupaba de algunas islas remotas, relativamente olvidadas, que nunca habían estado en el primer plano de la humanidad, y apenas si habían sido registradas en las bibliotecas, “el verdadero teatro de nuestra historia”.

El segundo empieza con otra isla, una que se comió el océano, en la que llegó a habitar una tribu misteriosa que nunca aprendió a guerrear. Un día naufragó en la isla un visitante que no se atrevía a acercárseles, por temor a que lo mataran o se lo comieran. El jefe de la tribu lo miró sorprendido y le dijo:

—Pero si nosotros no sabemos pelear. Solo sabemos bailar.

Y entonces todos se pusieron de pie.

Una especulación literaria

En Iowa se conocen y se hacen amigos y confidentes Kurt Vonnegut y José Donoso. Esto sucede en la época en la que este último escribe una novela sobre un niño deforme que es escondido en una especie de castillo al nacer.

Algunos años más tarde (seis), Vonnegut publica una novela sobre dos niños deformes que son escondidos en una especie de castillo al nacer.

Después de la muerte de Donoso, Vonnegut escribe, entre curioso y divertido que, aunque hablaban a menudo de “los libros

de Pepe”, este jamás le comentó ninguno de los suyos. Siempre sospechó, agrega, que no los había leído.

Es posible, también, que Vonnegut hubiera estado esperando un reproche que nunca llegó.

Una realidad literaria

Ann Beattie recuerda haber puesto en un cuento, a modo de homenaje, un personaje basado en su buen amigo David Markson. Para que no pudiera haber dudas al respecto le puso de nombre David. El Markson real recibió una copia del libro por parte de Beattie y luego procedió a elogiarle los relatos—sin sospechar que al no reconocerse en uno de ellos quedaba en evidencia que no los había leído.

Otra realidad literaria

En un almuerzo familiar mi abuela nos cuenta que durante muchos años cada vez que iba al cementerio se encontraba flores sobre la tumba de mi abuelo, y sospecha que debía haberlas ido dejando allí una antigua amante. Una de sus nueras suelta una risa nerviosa y le dice que no sea ridícula. “¡Esa era yo, tía!”, le explica, asegurándole que nunca ha dejado de visitar a su suegro. Pero más tarde nos llama desde el cementerio para que le expliquemos dónde está y cómo llegar a esa tumba que lleva visitando treinta años.

Una equivalencia literaria

Addison prefería evitar la conversación en público porque, a decir de Boswell, “se consideraba mal pertrechado” para brillar en ella. “Solo llevo encima nueve centavos, pero me fian miles de libras”, se excusaba—queriendo decir que por escrito conseguía lo que hablando le estaba vedado. Nabokov va a invocar su espíritu al decir que hablaba como un burro pero pensaba como un genio.

Otra equivalencia literaria

El tejido que Penélope desteje de noche para engañar a sus pretendientes, pues les ha dicho que desposará a uno de ellos cuando lo termine, se parece en más de un aspecto al cuento infinito de Scheherezade, que no termina para que no le corten la cabeza. Aunque los separan entre mil cuatrocientos y dos mil años, se

parecen por ejemplo en esto: en que en ese tiempo, el destino brutal de algunas mujeres inteligentes nunca dejó de depender de la estupidez y credulidad de algunos hombres.

Otra crítica literaria

Existe una leyenda, probablemente apócrifa, que dice que, al caer cautivo Julio César, siendo todavía muy joven, su mayor deseo era convertirse en poeta. Y, como estamos hablando de Julio César y no de cualquier mortal, soñaba no con ser otro poeta más sino que el más grande de la historia. Así que cada noche, cuando los piratas se sentaban junto a un fuego a repartirse el botín de la jornada, los obligaba a escucharlo recitar sus versos.

Sorprendentemente (o quizás no tanto) ninguno chistó y lo escucharon con atención.

El fracaso fue sonado—a los berberiscos no les gustó ninguno de los poemas, y así se lo hicieron saber entre burlas e insultos.

Julio César se alejó entonces de la poesía. Se limitó a escribir una de las más cuidadas prosas que hayan sobrevivido del pasado—y a crucificar a cada uno de sus críticos apenas recobró la libertad.

Otra de piratas

Uno de los temibles Caballeros de Malta se encontró al más grande de los tenientes de Barbarroja, Dragut Reis, condenado a las galeras en una nave que alguna vez fuera suya.

Se acercó al destituido capitán, que llevaba cuatro años amarrado a sus propios remos, y le dijo casi con pesar:

—Usanza de guerra.

A lo que el otro contestó, con una sonrisa y mostrando los grilletes:

—Y mudanza de fortuna.

La imagen conmovió tanto al caballero que negoció un rescate y consiguió la libertad del prisionero.

Muchos años después, Dagut Reis, habiendo sucedido a Barbarroja, sitiaria Malta, y sería ese mismo caballero, ya anciano, quien tendría que defenderla (con éxito, hay que decirlo). La capital de la isla lleva ahora su nombre. Y el pirata Dagut Reis está enterrado en ella.

La patria literaria

La *Historia del Abencerraje*, del siglo XVI, se suele leer y estudiar como uno de los grandes ejemplos de dos culturas fronteras mezclándose, difuminándose la una en la otra, haciendo desaparecer las nociones de lo malo y de lo bueno—y toda esa tontería académica sobre la otredad.

Todo esto, como es natural, desde la perspectiva cristiana, en el libro sorprendentemente amable y cortés con el moro.

Pero ¿no serviría más este fragmento de *El libro de la contemplación*, del siglo XII, en el que se discute la falta de decoro de los cristianos durante las cruzadas? Cuenta el narrador que lo siguiente le aconteció en unos baños públicos:

En cierta ocasión, entró uno de sus caballeros. No les gusta que en su presencia uno se cubra la cintura con una toalla en los baños, así que este caballero alargó la mano y tiró de la mia hasta que cayó al suelo. Se me quedó mirando —me había afeitado el pelo púbico recientemente— y dijo: ¡Pero Salim! Entonces se acercó y, alargando la mano por sobre mi ingle, acariciándome allí dijo: ¡Salim! ¡Qué bien! Por la verdad de mi religión, ¡hazme lo mismo a mí!

Entonces se acostó sobre su espalda: ¡allí abajo lo tenía tan grueso como una barba! Así que lo afeité. Después se pasó la mano por encima y, encontrándolo suave al tacto, de repente se le ocurrió una idea: Salim, por la verdad de tu religión, ¡házselo a *madame*!—*madame* en su lengua significa dama; se refería a su mujer.

Entonces le dijo a uno de sus ayudantes:

—Dile a *madame* que venga.

El ayudante fue y la trajo consigo. Ella se acostó sobre su espalda y el caballero me dijo: ¡hazle lo que me hiciste a mí! Así que la afeité mientras el esposo se quedaba a mi lado mirándome trabajar. Luego me agradeció y pagó por mis servicios.

Un desencanto literario

Durante la Primera Guerra a menudo se queja Stefan Zweig de que la ópera y el teatro permanezcan abiertos, de que la gente se embrutezca, y carga contra los escritores escapistas que no intervienen, que no alzan la voz: “¿Cómo es que ningún autor alemán escribe nada sobre la guerra? ¿Cómo es posible que se mantengan al margen? No encuentro rastro de esta época en la obra de Schnitzler, de Rilke, de Hoffmannsthal. ¿Y no es una forma de muerte, vivir al margen?”.

En los albores de la Segunda Guerra, en cambio, el mismo Zweig (o tal vez otro) lamenta que no haya teatros u óperas a los que asistir.

Una afinidad literaria

Boswell solo consigue que Voltaire matice la pobre opinión que tiene sobre Johnson contándole que ambos desprecian a un mismo hombre.

Huesos literarios

Primero con sorpresa, luego con espanto, y finalmente con vergüenza, descubro que recién en 1824 se empieza a hablar con propiedad de los dinosaurios. Es decir que Shakespeare nunca pensó en el tiranosaurio. Y Percy Shelley murió sin saber que los pterodáctilos habían sombreado la tierra surcando los cielos.

Los griegos hace cinco mil años crearon a partir de un cráneo de cría de elefante la leyenda de los ciclopes.

Los austriacos del siglo XVI, encontrando los restos de un rinoceronte lanudo, dieron por reales a los dragones.

George Cuvier, el primer detective científico, capaz de inferir cuerpos enteros a partir de huesos sueltos, nacido mientras Giacomo Casanova y Samuel Johnson todavía hollaban el suelo de este planeta, dijo que los fósiles contaban las historias de los muertos, y que las catástrofes regían las historias de los vivos—consiguiendo ponerle los pelos de punta al mismísimo Balzac.

Goethe muere apenas unos años después del viaje de Darwin en el Beagle y Johnson muere a la par de la aparición del globo aerostático. De hecho, es una de las últimas cosas de las que llega a saber, quizás la última en la que llega a pensar. Un atisbo de corto alcance, que sin duda no es capaz de entender, del progreso y de la velocidad, todavía invisibles, por venir.

Bah, qué importa todo esto. Todos ignoramos siempre los huesos del futuro.

Los padres literarios

Los padres siempre están descaminados con el destino de sus hijos. Dante escribe: “Llevas la religión a quien había nacido para

ceñir la espada, y haces un rey del nacido para predicar”. Saroyan hace que un amigo le diga a su *alter ego* la misma cosa:

—Recuerdo una vez, poco después de que apareciera tu primer libro, que llevé a mi madre a visitar a tu madre. Tú estabas en Europa o en algún sitio, y en la sala se encontraba uno de esos escritores barbudos, muy dignos, de Boston o algo así. Le dijo a tu madre: “Usted debe de estar muy orgullosa de su hijo”. Y tu madre le respondió: “Mi hijo está loco”.

Un chiste literario

El mismo chiste aparece en dos libros muy distintos, uno de física de Carlos Rovelli y el otro de Camil Petrescu—la novela *El lecho de Procusto*.

Considerando la disparidad de los géneros, y que uno fue escrito en 1933 y el otro en el 2014, es muy probable que haya una decena de otras repeticiones que paso aquí por alto.

En Rovelli el chiste no supera las nueve líneas y podría resumirse más o menos así: dos personas se acercan a un rabino para que los ayude a dirimir una disputa. El rabino escucha primero a uno de ellos y, cuando este termina de exponerle su versión de los hechos, le dice: “Tienes razón”. Después escucha al segundo y le dice lo mismo: “Tienes razón”. Su esposa, que lo está espiando desde la pieza contigua, grita: “¿No pueden los dos tener la razón?”, a lo que el rabino contesta: “Tienes razón”.

En Petrescu la anécdota es apenas más larga y la figura del rabino ha sido reemplazada por la de un sultán que se muestra de acuerdo con los editoriales políticos, tanto del diario oficial como del de oposición.

En esencia es el mismo chiste. Sin embargo, si en Rovelli el rabino es el más sagaz de todos, en Petrescu el sultán no es más que un idiota que se deja engatusar por cada nueva versión de la historia que escucha. Lo que cambia no es el chiste en sí sino que aquello con lo que se lo rodea, un contexto que en principio no está en lo escrito pero que informa el giro final, el sentido de ese último “Tienes razón”. Petrescu busca explicitar el poder que tenía sobre el público general la calumnia en la prensa escrita, mientras que Rovelli usa el chiste para representar la imposibilidad de “armonizar” la mecánica cuántica con la teoría de la relatividad.

Ese chiste esconde cómo funciona la literatura.



Mercurio, el gran culpable

por Millaray González López

Mercurio está retrógrado,
y por eso le grité a mi hermana.
No fue mi tono,
fue el alineamiento planetario.
El universo me empujó la lengua.

Hoy mi amiga rompió con su pareja
porque la carta astral le decía
que su ascendente era Géminis,
le daba vibras de obstáculo emocional.
Eso, y que no lavó ni un plato en dos semanas.
Pero el problema real
es el cosmos,
no su flojera.

Ayer pidió perdón con un cuarzo en la mano,
purificó la discusión con palo santo,
y bloqueó su número
porque su intuición estaba vibrando muy bajo.

Hoy no fui a clases
porque Saturno me miró feo.
Fui al tarot.
Las cartas dijeron:
"No te esfuerces, es culpa del sistema solar".
Y yo creí,
porque cuando una está conectada,
una sabe.

Me echaron del trabajo
le dije a mi jefe que su aura estaba contaminada.
Le ofrecí una *limpia* con huevo.
No entendió.
Le ofrecí mercurio.
Llamó a seguridad.

Pero bueno,
ya vendrán tiempos mejores.
Júpiter se posiciona en mi casa cinco
y eso significa ¡ABUNDANCIA!
Aunque no tenga ni pan ni dignidad.
Si lo dice el horóscopo, es real.

Consejos para celebrar el Dieciocho siendo buena clase

por Gastón Acevedo Muñoz

1. No vaya a las fondas: ahí va el roterío y el populacho que no puede hacer un asado en sus casas pareadas. No sea como mi gordo chico, el José Andrés, que va a las fondas del parque O'Higgins, pagando diez lucas por entrar y ocho lucas por un anticucho que tenía dos pedacitos de carne. Esa es mucha plata, no valora lo que hace mi gordo, unos anticuchos exquisitos y unos pisco *sour* que son lo mejor de lo mejor para tu buen paladar.
2. No tome de más: una, como dama de barrio humilde, debe proyectar a su familia seriedad y fomentar las normas del *Manual de Carreño*.
3. No vaya a ser como las tres amiguitas de mi hija, la María Trinidad. Mire que el año pasado, esas niñitas tuvieron que irse en Uber a sus casas por lo borrachas que estaban. Pobre chofer. Ordinarias las niñas, ahora son casi todas iguales. Típico de las feminazis, corromper las buenas costumbres. Una vomitó en el capó de mi Porsche, otra se cayó en mi piscina y la más ordinaria, esa de la Maca, se orinó cuando ya iba en el Uber.
4. No compre la bandera en los chinos: le puede salir una que se le descosa camino al condominio. Esos chinos comunistas hacen todo mal, horrible, terrible, atroz, espantoso, pésimo y, discúlpeme por la palabra, paupérrimo.
5. Aunque capaz, con la situación actual, le llegue un venezolano a quemarle nuestro símbolo patrio. ¿Deberíamos volver

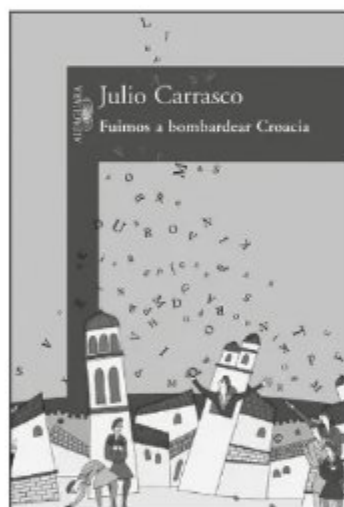
a la época colonial? Yo digo que sí, sería lo mejor para Chile y el mundo. Que Dios ilumine a los líderes y los guíe en este mundo tan salvaje, lleno de faltas de respeto al prójimo.

6. Exíjale a su empleada puertas adentro que haga unas ricas empanadas: de esas de pino con carne mechada y queso *cottage*, para que toda su familia pueda disfrutar. Ella tiene incorporadas esas habilidades de cocinera vulgar y, si no sabe hacer unas ricas empanadas, bueno, será hora de cambiarla por otra que quiera obtener el mínimo trabajando acá en Lo Barnechea. Barrio de gente modesta y con dichosos valores cristianos.
7. No acepte a la polola de su hijo en su casa: mire que el mío, José Tomás, trajo a una chiquilla de la Usach con el pelo teñido, llena de tatuajes, con *piercings* en las cejas y quién sabe dónde más. Además la rota dijo: "Suegrita, las mujeres no se deben depilar, el vello corporal es lo más natural". Me mato de la risa, como si los *piercings* y esos dibujitos permanentes que tiene junto al pelo fucsia fueran algo natural. Hipócrita la niña esa.

Escrito por María Raquel Vial Délano para el blog de Facebook *Guía para las cuicas que devoran*, enviado desde su iPhone, a las 23:11.

Extractos de *Fuimos a bombardear Croacia*

por Julio Carrasco



EDITORIAL

Alfaguara

AÑO DE PUBLICACIÓN

2014

NÚMERO DE PÁGINAS

130

Mi decisión de luchar contra la calvicie

El mismo día en que acepté mi predisposición genética a la calvicie juré que daría la batalla hasta el último pelo. Desde entonces he estado probando diferentes champús, recetas médicas y remedios caseros, a veces hasta un poco ridículos. El asunto de fondo no es el pelo, sino el ejercicio de voluntad que resulta: si no me rindo en este frente no lo haré en los demás. Y la verdad es que he luchado tanto que a estas alturas, aun si quisiera rendirme, no sabría cómo hacerlo, por lo que esa alternativa está fuera de mi espectro de decisiones. Valga la pena hacer notar que me queda bastante más pelo del que tenía mi padre a mi edad, así que nadie puede decir que este esfuerzo haya sido en balde.

Despedida a un desodorante

Durante nada menos que un año y cuarto (¡impresionante!) protegiste mis axilas para que pudiera salir al mundo a enfrentarme a mí mismo, y esos abollones que tiene tu carcasa los gané yo también en el alma mientras estuvimos juntos. Nuestros caminos se separan ahora, pero la eternidad es suficientemente ancha como para alojarnos a ambos al final, cuando mi cuerpo quede tan vacío como lo está el tuyo ahora. Hasta pronto, compañero desodorante.

Mi encuentro con Mladen Banden

Mladen Banden es un hombre flaco, alto y robusto, 44 años aprox. Pelo corto, bigotes de galán de los años cincuenta. Viéndolo acercarse ligeramente zambo y circunspecto, le viene a uno casi la impresión de estar perdiendo un duelo. Digo casi, porque Banden podría perfectamente pasar por el duro de la película, si no fuera por el ridículo chihuahua que lo acompaña a todas partes. Le describí el proyecto en el auto, rematando

con el impactante *where other people launch bombs, we launch poems*. Ni se inmutó. Me dijo: "Vamos a hablar de negocios, no de poemas. Pero el precio que conseguí (3.000 kunas) es tan estúpido que no vale la pena negociar".

Llegamos a un bar en las afueras de la ciudad, sobre un cerro camino al aeropuerto. Pidió dos cervezas. Conversamos. Hasta aquí, tal como decía al comienzo, me parecía un patán con infu-las de vaquero. Me molestaba un poco que me tratara de artista porque para esta clase de gente los artistas son afeminados. Esto se notaba por ejemplo en:

—¿Para qué quieres dos vuelos? (Mladen).

—Un vuelo de prueba y uno legal (yo).

—Este tipo (refiriéndose al piloto) conoce su oficio. Dile lo que quieres que haga, no le digas cómo hacerlo.

Llegó el piloto:

—¿Cuánto pesan los poemas?

—Trescientos kilos.

—Difícil.

—Cambiemos de avión.

—El Cessna es lo más adecuado para una misión de este tipo. Vuela despacio y es maniobrable. Es lo más parecido que hay a un helicóptero. No puede ser otro avión.

El piloto no hablaba inglés, y muchas veces Mladen respondía por él sin consultarle. Fue una conversación incómoda.

—No tenemos 5.000 kunas, es un proyecto cultural.

—Esta persona no es cultural y tiene que pagarle a los mecánicos por cada vuelo.

¿Sabrá él que detrás de mi fachada cultural de artista frágil hay un pendenciero listo para saltar a la calle a discutir el trasero de su hija? Hablaron en croata unos quince minutos, durante los cuales me entretuve escribiendo en mi cuaderno exactamente esta frase que leen ahora. Quizás hablaban de mí, pero yo escribía sobre ellos al mismo tiempo. Después me percaté de que pensaban que estaba tomando apuntes de la reunión. Pidieron otras dos cervezas. No me habían preguntado si quería una, por lo que empecé a irritarme. De repente me comentaban alguna cosa que respondía mirando por sobre los anteojos. Luego me di cuenta de que una de las cervezas era para mí. La tomé de un golpe. Mladen sostuvo el chihuahua.

—Es un chihuahua (dije sonriendo, y mirando por sobre los lentes).

—Es un xxxxxxxx (no entendí nada).

—Okey

Y luego:

—¿Por qué particularidad conocen a este perro en Sudamérica?

—Porque huele la marihuana (dije para molestarlo).

—Bah, cualquier perro puede oler eso.

De pronto sopló el viento y salió volando uno de los impresos que había traído de muestra.

—*The poems want to fly already* (dije).

Rieron. Yo también; se me había pasado el enojo. Se va el piloto. Trato hecho, 3.000 kunas y veremos qué pasa. Quedé a solas con Mladen. Hablamos de Dubrovnik. Mladen siempre mantenía ese espíritu grave de exconvicto, pero ya no me molestaba. No estaba de acuerdo conmigo en algo que no pude precisar. "En este momento exacto (dijo para corroborar su punto de vista), un idiota trata de incendiar una de nuestras colinas". La frase me pareció tan exótica que por un momento pensé que me estaba llamando idiota por alguna razón. Abrí los ojos con un aire de incredulidad y la repetí. Respondí:

—No entiendo.

—Pronto vas a verlo, y vas a llorar conmigo (¿?).

Y luego:

—¿Satisfecho con el trato?

—*We are gonna fight with the price* (dije yo).

—*Don't worry, we don't need to fight*.

Usé *fight* y él se suavizó. Por fin hablábamos de igual a igual. Entonces repitió su frase críptica:

—Un idiota trata de incendiar algo por lo que hemos luchado toda la vida.

Regresamos al auto. Algo pasaba. Mladen buscaba en los asientos.

—*What have you lost?*

—The keys.

—Then we are in trouble.

—Don't worry, we will find them... but where.

Las tenía el chihuahua en el hocico. Eh, Rambo! El chihuahua se llama Rambo.

Partimos. Recién me doy cuenta de que se hizo de noche. El auto gira hacia la carretera. Y entonces veo la ciudad amurallada, y más allá, al fondo del paisaje, una colina en llamas.

—¿Qué es eso?

—Lo que te dije, un idiota lo hizo. Ahora tengo que ir a apagarlo.

El fuego reptaba hacia el cielo y se deslizaba después en dirección contraria.

Habla Mladen: te dejo en la ciudad; tengo que ir allá.

Miro mi reloj, 22:20 hrs. Quedé de juntarme con Koljatic (gerente de finanzas de Atlas, una de las empresas Luksic) a las 22:30.

—Mladen.

—What?

—Voy contigo a apagar el fuego (dejo plantado a Koljatic).

—No puede ser. You could be killed.

—¿Hay gente disparando?

—Could be.

El incendio se refleja en los vidrios del auto.

—Este no es tu problema (añade).

—La belleza es mi problema.

—Cómo puede un país salir adelante con gente así (Mladen parece no escucharme).

Me encojo de hombros. Trato de animarlo:

—Croacia es un país joven, pero con una larga historia.

—He peleado dos guerras. Dime, qué más puedo hacer. (Pausa. Repite la pregunta otras dos veces. Guardo silencio).

Nos acercamos a la ciudad. Han pasado cinco o diez minutos desde que subimos al auto.

—¿Quieres ser poeta?

—Ya soy poeta.

—Pues ahora verás poesía.

Bordeamos las murallas de la ciudad antigua, Dubrovnik: *Non bene pro toto venditur auro.*

—Esto es poesía (Mladen).

—Estoy de acuerdo (yo).

—Cómo podría alguien ser tan estúpido como para pensar en bombardear esto.

—No lo sé.

—Antes de los incendios y las guerras hay inconsciencia, después hay sufrimiento (pausa). ¿Sabes qué hay entre el antes y el después?

—No (solo pienso en defender la colina).

—Yo.

—Estás hablando como un poeta.

—La poesía está antes y después.

—Si tú puedes ocupar mi lugar, yo puedo ocupar el tuyo.

—No, my friend, tú estás antes y después.

—Yo estoy en la colina.

—Trust me, my friend, this is not your problem.

Detiene el auto y abre la puerta.

—Now you must go.

Me bajo. Quedo mirando cómo se aleja en dirección al incendio. Pasan los minutos. También una micro. Empieza a llover. Miro el reloj, 22:35. Doy la vuelta y parto a encontrarme con Koljatic.



Sam y Sammy

por Hernán Gabriel Pasternak

El teléfono rojo le esperaba adosado a la muralla del *container*. Había practicado su llanto en el baño desde hacia algunos meses. Se ponía un paño húmedo en la boca y apretaba los dientes, cerraba los párpados y se acariciaba el vientre dejándolo todo rojo por las uñas mal cortadas. Gemía. Gemía. "Ay, qué dolor. Qué miedo". Se mentía. Después veía sus piernas desnudas, sus bracitos escuálidos, su ombligo como reventado. Feo. Asqueroso. Ahí le abarcaba una pena muy egoísta, porque no hallaba nada simétrico en su cuerpo. Si hasta las rodillas parecían de piernas distintas. Quizás de ahí venía el odio. Tal vez se gestó desde la primera vez que reconoció su cara y los dientes de conejo frente a un espejo. Era inevitable compararse con esa gente que vivía arriba, esos que iban a colegios con nombres gringos. Esos hijos del incesto, con sus ojitos azules, con su pelito color pichí. Todos con sus blazers negros y un escudo mitológico donde iba el pezón. Sí. Sus ganas de asesinar estaban justificadas. De hecho, no tenía idea de por qué no lo hizo antes. Volvió a mirarse la piel y en el muslo un tatuaje con el símbolo que los controles remotos lleva en el botón de encendido. La verdad, era una nimiedad, se lo hizo por impulso y porque le pareció lindo. Aunque en ese instante el tatuaje se tornaba en una metáfora, aquel círculo a medio terminar que en la corona llevaba una línea recta dejaba de ser tinta y significaba que ya era tiempo del apagado, de acabar con la relación de mierda.

Lloró un rato más. Se llegó a creer el lamento. Y fue ese mismo pensamiento el que desencadenó una carcajada maliciosa. Los ojos lagrimeaban más y más. Tuvo que sostenerse el vientre para calmar la felicidad que le caía como lluvia, pero fue en vano. Se dejó llevar por la risotada: los dedos de los pies se le separaban como electrificados, las piernas se movían de arriba abajo salpicando el resto de agua que quedó en la tina. Casi se ahogó con el paño en la boca. De pronto, al alzar la mano izquierda para

quitarse la mordaza, reparó en el anillo de matrimonio. Tan simple. Tan pobre. Una argolla que no era más que eso. Ni siquiera reflejaba el brillo de la luz blanca que se derramaba por las murallas. Escupió el paño que ya le sabía a alcantarilla. Arrastró las nalgas que impedían que el agua sucia se fuera por el desagüe. Tranquilamente, apretó la joya para ver si podía quitársela, pero tenía el dedo hinchado. Con decepción, miró al techo. Unas manchas fúngicas le dieron un resquemor. Ya era tiempo de salir.

Secó sus pies y las pantorrillas. No iba a ser que resbalara en la baldosa y muriera antes del principio de su vida.

En completa desnudez, atravesó el umbral hacia el pasillo de amarillo vibrante. Vio el teléfono rojo. Se tiró al piso para hacer diez flexiones de brazo. Luego saltó hasta agotarse por completo. El corazón le bombardeaba la cabeza. Estiró el brazo, enredó los dedos en el cable e hizo la llamada con una agitación impresionante:

—¿Aló?

—Me va a matar.

—¿Te dijo algo?

—Escuché... ¡ay! —Se le cortó el aire—. Escuché que tiene una pistola, que compró las balas y todo.

—Sería bien imbécil si te mata de un tiro.

—¡Ay! —se le trabó la lengua—. ¿No me escuchaste?

—Sí, sí.

—¿Y estás listo?

—Creo que es mejor que te vayas. Que vengas acá.

—No. Tú me prometiste que lo harías.

—No pensé que fuera tanto. O sea, no creí que llegara tan lejos.

—Yo voy a poner el veneno, lo único que tienes que hacer es ayudarme.

—¿Por qué respiras así? ¿Por qué no te vas? Estoy muy lejos como para...

—Ya vi un lugar para la tumba, acá en el Valle, ni los perros se acercan.

—Putra madre.

—Te espero, a las nueve y media.

—La concha de su madre... ya. Voy... voy a preparar las cosas.

Colgó. Probablemente todavía podía arrepentirse, pero el plan le tomó mucho tiempo. Qué pérdida sería no cometer el homicidio. Por eso llevaba varias semanas llamando a la persona más violenta e impredecible que conoció: su padre. A ese que, en lugar de sacarle la chucha a su mamá, se robó un maniquí y lo puso en la cocina. Lo vistió con falda, le regaló una peluca. Cuando la ira atacaba, lo acuchillaba en una explosión de maniaco. Por eso volvió a robar otro maniquí. Y otro. No le duraban mucho.

* * *

La Nissan D21 iba saliendo del supermercado de Vicuña que con suerte tenía cuatro góndolas y donde un jovencito bien moreno se las daba de jefe, cajero y empacador. La gente ya había desarrollado una paciencia curiosa: se dedicaban a leer los ingredientes de la única marca de champú que se les ofrecía. Algunos las recitaban de memoria en la fila. Otros, más inquietos, tomaban los insumos de limpieza e iban configurándolos para ver cuál mezcla era la más mortífera. En cuanto a Samanta y Sammy, solo se dedicaban a escuchar el vuelo de las moscas, o contar cuántos granos nuevos le habían salido al pobre moreno que era todo un equeco.

El matrimonio era como una pareja de fantasmas. La gente, la puta gente, que ni sus nombres sabían, inventaban historias de que no estaban casados, sino que eran hermanos de mentes grotescas, incestuosas. Decían que se pusieron los anillos para justificar el sexo. Contaban que ya con veinticinco años cada uno

estaban muy viejos para tener hijos. Mentaban que se habían comprado el terreno en la cima de una de las altas colinas del Valle del Elqui para tirarse los platos a su antojo. Y esto se comen-taba como si ellos ya no existieran, como si hace mucho tiempo hubiesen perecido los dos, igual que esas viejas a las que se las comen los gatos y tres meses después aparecen en la portada de *La Cuarta*. En todo caso, la conjetura de que eran hermanos se justificaba con el parecido que tenían ambos: altos, con la piel un poco tostada, un poco amarillenta, igual que los dedos de un buen fumador. Los ojos color avellana, aunque el iris de Sammy era un poquito más oscuro que el de Samanta. Ella iba mirándose la nariz con ayuda del espejo del parasol, tenía un punto negro que no la dejaba tranquila, cuando su marido dobló bruscamente por un callejón sin nombre.

La Nissan levantó tierra. Las bolsas que iban en la parte trasera sonaron en un estruendo. Samanta pensó que todo se había dado vuelta y le pegó un chirrito en la oreja a Sammy. Él se sobó mientras la cara se le enrojecía de rabia y le apretó la nariz a su querida esposa.

—¿Qué te pasa?

—¿Qué te pasa a ti?

—Que doblaste por donde nunca doblamos, tontito. —Samanta arrugó la nariz satisfecha porque sabía que tontito era el equivalente a mediocre, tonto e hijo de la gran puta para Sammy. Todo se lo tomaba muy a pecho.

—Bueno —repuso él mojóndose los labios—, es que encargué algo.

—¿Dónde?

La camioneta frenó en seco.

—Acá —respondió quitándose el cinturón—. Espérame, tontita.

Sammy cerró la puerta con tal potencia que Samanta sintió el aire como un charchazo. Replegó el parasol, bien enojada. Miró por la ventana a ver qué pretendía el malparido de su marido.

El maldito entró por un túnel del que colgaba una cortina de cáñamos con tapitas de Coca-Cola, Sprite, 7up, y así. Una cosa rasca. De no conocerlo como lo conocía, ella habría pensado que iba rumbo a pegarse un revolcón con una puta, o un puto, o lo que se le presentara. Más bien, para lo que le alcanzara la plata. Pero no era tan necio como para restregarle algo así en su cara.

Samanta sintió curiosidad. El sol ya se estaba tornando rojizo. Pegó sus ojos en el espejo lateral para cerciorarse de que la calle estaba vacía. Barrió con la vista hasta el parabrisas que tenía una trizadura gigantesca. El camino de tierra se elevaba prominen-

temente. El viento acarreaba espirales de polvo. Un paisaje ideal para hacer un duelo.

Sacó un chaleco blanco que ella misma tejó y bajó de la camioneta. Rebasó el túnel de chapas picantes para ir directo a ver si la mercadería estaba bien. Lo estaba. Solo acomodó las bolsas y, al terminar, oyó una cosa como un carrito deslizarse por ahí cerca. Inclínó la cabeza. En la esquina de enfrente se iba cayendo un mueble con televisor y todo. Ella lo pensó dos veces antes de ir a ayudarlo a quién fuera que se le escapó su tele. No sentía afecto alguno por la gente de ahí. Pasaron los segundos. Nadie corría detrás del artefacto. Se inclinó un poco y apoyó la cabeza en la ventana del piloto. Sammy dejó las llaves y ella no estaba dispuesta a correr.

Abrió la puerta, se sentó y pisó el acelerador. Virando al final de la calle vio a Sammy salir hecho un trueno del túnel enchapado. Samanta se rio del pobrecito.

—Por hueón.

Descendió a una velocidad muy baja. Lento y todo, los neumáticos levantaban una cantidad horrible de tierra que ensuciaba al parabrisas nublando la vista. Algo se veía. Samanta no recordaba haber estado en ese lugar.

Estacionó el vehículo al lado de una casa de adobe toda quebrada. Bajó. Acomodó hacia atrás su cabello largo y azabache, le gustaba que quedara sobre sus orejas. Se palpó la falda hasta dar con una cajetilla de Lucky Strike. Le costó encender el cigarro con la cantidad de viento que tiraba ráfagas calientes y frías. Un par de páginas de algún diario de poca monta volaron delante de ella. Samanta levantó la mano y agarró un papel. Lo arrugó sin soltarlo. ¿Por qué tanta curiosidad? Algo magnético la atraía al mueble que por fin detuvo su recorrido y cayó entre dos sillones abandonados.

Un pie. Otro pie. Dio pasitos calculados cubriéndose la cara de las partículas de polvo. Ya estaba frente al mueble dispuesto entre los sillones como armando un salón. El papel del Lucky Strike desprendió un sonido relajante al quemarse, como el de las brasas olvidadas en una parrilla. Samanta escuchó la bocanada y soltó el humo. Puso la mano encima del televisor muy limpio. En la parte inferior había un aparato Betamax que, a todas luces, parecía nuevo. Pero lo más importante, según ella, era un control remoto que nunca en la vida había visto: largo, con la cabeza oblicua, con numerosos botones de colores e increíblemente liviano. Al intentar tomarlo, sintió una punzada en las piernas.

Sammy, unos dos minutos antes de que Samanta viera la tele, entraba por el breve túnel de chapas. Estaba sudando helado. Tembloroso. Aglutinado en sus pensamientos. Un mesón con un

gato dorado que movía un brazo le esperaba sin nadie atendiendo. Él secó su frente con un pañuelo que llevaba en el bolsillo de atrás y llamó:

—¡Aló!

Una mujer menuda, con un collar de perlas mentirosas, se levantó bien asustada del otro lado. Miró a Sammy.

—Ah, eres tú.

—¿Y quién más?

—Sí, eres tú.

La mujer, que rozaba los cincuenta, sacó un paquete muy mal envuelto: tenía el sello roto y una estampilla que decía USA. Sin decir nada, lo abrió en el centro del mesón. Un revólver de largo cañón cayó pesado en la madera.

—Pero —bajó la voz— yo te pedí una pistola.

—Mira, chiquillo, yo también pedí una pistola, una específica, y me llegó esto. Si quieres hago el reclamo y...

Sammy se alteró y la tomó.

—¡No! Está bien así. Está bien.

La señora reparó en una gota gorda colgando de la ceja del hombrecito. Agitó el paquete y salieron las seis balas.

—¿Sabes cómo usarla?

—Yo practiqué con una de esas automáticas.

—Entonces no sabes. —Tomó cinco balas de casquillo dorado—. Aprietas acá, se abre el tambor... pum, pum, pum. Vuelves a ponerlo en su lugar y —tiró de un mecanismo trasero que hizo clic— amartillas. Después jalas el gatillo y listo.

—¿Y listo?

Ella se puso la mano en la cintura.

—Antes de disparar apuntas, pedazo de... —La mujer se atragantó con su saliva, un hilo de baba regó las perlas y se le metió en el escote—. Me importa una hectárea de mierda si vas a matar a un zorro o a una zorra. De hecho, me importa una cagada si te vas a matar tú. —Inclinó la cabeza plegando la piel por encima de las perlas mentirosas—. Ah, y esta bala —levantó una verde— es el recipiente.

A Sammy casi se le olvidó aquel enorme detalle.

—¿Y tiene el polvito?

—Sí. Es una sobredosis, yo creo que mataría a tres chanchos con eso. —La mujer lo echó con el dorso de la mano—. ¡Chus, chus! Que tengo clientes más importantes y no quiero que se crucen... que te vean. Tengo que mantener una buena imagen, ¿sí?

Sammy no se tomó bien lo último, sin embargo, no pudo responder porque el motor de la camioneta llamó su atención. Se puso el arma en la parte trasera de su pantalón, como le enseñaron las películas, y guardó las balas en el bolsillo. La gota de sudor cayó como campanada. Una de las doradas se precipitó al piso y rodó bajo un anaquel.

Algo le gritó la señora. No le importaba. Salió enajenado pensando que Sam —así le decía a su bella y puta esposa— le había abandonado ahí. ¿Cómo iba a subir hasta la colina? Llegaría de noche y todo su plan se iría a la mierda.

Corrió como nunca. Corrió como cuando era joven. Sentía el metal del revólver meciéndose encima de la raja. Sintió placer. Por fin acabaría con ella. Ella. Al girar por donde iba la camioneta, agarró bien todas las balas porque sonaban bastante con el movimiento. Encontró algo inaudito: Sam acariciando un televisor abandonado.

—¿Ahora recogemos basura?

Sam le miró como humillándolo.

—¿Basura? Mira esta tele, es mucho mejor que la que tenemos... y mira, mira este control que trae.

Sammy lo tomó. Unas piedrecitas le dieron en la nuca. Qué viento el que corría. Sería una noche de tormenta. Aunque, al sostener el artefacto, le costó esconder la expresión de asombro. Era liso como nada. Era bello como ninguna. Era sensual como su arma.

—Ya— le dijo a Sam—. Pongamos esto en la camioneta.

De camino a casa no dijeron nada. Ella buscó un radial con buena música, pero solo dio con una sintonía AM que recitaba cánticos bíblicos. Bajó el parasol, se miró los ojos, vio la hora en el reloj angosto de su muñeca derecha: las siete con treinta minutos. Quedaban menos de dos horas para ver *Twín Peaks*. Era perfecto.

Con un mes de antelación empezó a comprar botellas de vino de todas cepas y años con la excusa de que quería hacer su propia pipa. Sammy encendió como pasto seco y en tres días ya había construido un bar en la terraza de la colina. ¿Le importaba a Sam

en qué vino iría el veneno? No, lo que era trascendente era que lo eligiera Sammy, quien, en un gesto de esos sospechosos, se ofreció ese mismo día para preparar la comida nocturna.

Llegaron a un portón robusto. La jovencita se bajó dando vuelta las llaves del candado ODIS que tenía un dragón en relieve. Qué feliz que estaba, si hasta le daban ganas de bailar esas canciones de iglesia y aplaudir y gritar “¡Aleluya! Porque este maricón no va a resucitar”. Giró el mecanismo. Sus brazos, a pesar de larguiruchos y delgados, tenían más fibra de lo que uno pensaría. Con dos empujones abrió la gran puerta. Sammy aceleró, pero la pendiente pronunciada le detuvo el motor. Volvió a hacerlo. Y las ruedas rugieron en un eco fantasmal. Sam, por primera vez, dimensionaba que realmente vivían como en el castillo de un vampiro, alejados de todos. Unas luces al sur, unas al este. La urbe parecía dispuesta como alejándose de un virus. La camioneta logró subir. Dos niños en bicicleta se pararon a unos metros de Sam cuando cerraba la entrada.

—Miren, miren, miren. Dos hermanos sucios.

—Que se revuelcan, que se revuelcan.

—Como pololos bien cochinos.

—Putá, zorra, puto, él. Dos mitades de la fruta.

—Podrida, sucia, cochina.

—Hermanitos que se meten los deditos en el pote.

Sam, cruzada de brazos, intentó oír alguna rima, algún canto. Le dio risa. En su mente tenía una suerte de *ranking* de los mejores poemas que le dedicaban los niños justo ahí afuera. A veces los felicitaba, otras les daba la espalda. Pero esa noche era especial, así que silbó y dijo:

—¡Káiser!

Un siberiano del porte de un huargo abrió los ojos allí arriba en la colina. Corrió como buen cazador, atento a su ama. Saltó por la apertura del portón y lanzó a uno de los niños de cabeza al piso duro. Mostró sus colmillos, aulló repetidas veces. Sam le silbó de nuevo y Káiser se puso dócil. El niño apenas podía mantenerse en pie del miedo. Su amigo voló en la bicicleta, perdiéndose en las penumbras. La jovencita sintió pena y fue a ayudarlo. Estabilizó la bicicleta, le tomó un cachete hasta dejarlo rojo y le dio una palmada en la espalda.

—Ándate, antes de que te coma.

El niño le dijo que estaba loca y que iba a volver a molestarla. Poco más adelante perdió el equilibrio y cayó entre unos arbustos de

zarzamora. Káiser se metió en la parte trasera de la camioneta y Sam cerró el candado con el dragón para subir por el sendero de piedra laja.

En la cumbre estaba la casa de la que todos hablaban. La hicieron con cuatro contenedores, algo poco usual para los años noventa. Y cuánto les costó sellarlos y cortarlos para no sentir el frío de su hogar metálico. Ya, después de cinco años en el Valle, todo ese metal parecía una casa normal. Con un huerto, con quincho, y una variedad de cactus que, cuando florecían, regaban de colores el llano.

Todo estaba dispuesto.

Bajaron la mercadería. Bajaron el televisor. Después se preocuparon del mueble, del Betamax y del control.

Sam puso en fila las bolsas en la cocina americana que se conectaba con el living. Abrió el refrigerador, extrajo un sobre de comida húmeda y lo dejó en una mesita. Esperó a que Sammy tomara el control, a que se pusiera manos a la obra con la comida. El imbécil lo hizo sin tardar mucho, con una sonrisa de oreja a oreja. Pero al destapar la olla, mentó:

—¿Por qué no conectamos todo eso?

Sam estaba a punto de ir a la pieza que le esperaba al fondo del pasillo amarillo. Puso ambas manos en las murallas, se inclinó hacia atrás con la cara lozana.

—Yo lo hago.

Desenchufó el televisor antiguo y lo tumbó encima de la alfombra. El cable de la nueva tele era más corto, así que corrió el mueble para que quedara pegado al muro. La tele se encendió sin necesidad de botones, mostrando una estática densa que fue disolviéndose con los segundos. Ya estaba en el Canal 13, donde un cura hablaba de la familia, los niños y se tocaba las rodillas. Sam revisó la rendija del Betamax: una cinta virgen, ideal para grabar el capítulo de *Twin Peaks*.

—¡Qué suerte! —dijo en voz baja. La olla empezaba a ebulir—. Amor —se le salió, nunca lo trataba así—, voy... voy y vuelvo.

—¿Adónde? —preguntó Sammy revolviendo una salsa en el sartén.

—A la pieza.

—¿Y para qué avisas?

—Tontito.

Las palmas de las manos de la jovencita comenzaban a sudar. Se limpió en los pantalones, atravesó el pasillo amarillo y le llamó la atención que el teléfono rojo estuviera mal puesto. Descolgado. Lo arregló.

Cerró la puerta con pestillo. Buscó en el cajón de sus blusas y en la caja de galletas donde guardaba la lana, los hilos y todo para tejer. En uno de los carriles de hilo yacía escondido un tubo con forma de píldora, lleno de cianuro. Qué difícil era encontrar cianuro en el norte. Pensó que podía ser mejor aplastar mil pepas de manzana, pero ¿cómo iba a comérselas el maricón? Por ahí anduvo indagando. En la única librería del Valle encontró dos libros de medicina y uno le sirvió... algo. Su preocupación más grande era no tener la dosis adecuada, dársela en el vino a Sammy y que el hijo de puta quedara vivo, o en coma, o vegetal. ¿Cómo iba a explicar eso? Decidió comprar bastante a una empresa chiquitita que se llamaba Química del campo. Se hizo pasar por una investigadora que necesitaba el reactivo porque tenía a cargo un libro de tóxicos y antidotos. Se sorprendió porque no le pidieron nada. Le vendieron trescientos miligramos y solo tuvo que firmar un papel lleno de faltas ortográficas. ¿Cuál fue su firma? La de Sammy, claro. Extrajo el tubito, miró el contenido, lo agitó un poco, se lo metió al bolsillo.

Intentó relajarse. Una euforia le trepaba por las piernas subiéndole a la espina, arqueando la columna. Tan cerca. Tan cerca. Lo mejor de todo era que en Chile, según su pobre investigación por falta de documentos, existía una sola clínica que, por reglamento, realizaba la prueba de cianuro en la sangre cuando las muertes eran sospechosas. Sammy no iba a caer en una clínica, con suerte tenían para el hospital más cercano. ¿Causa de muerte? Un paro cardiorrespiratorio, ¿por qué? Porque el maldito apenas se mueve, porque cuando corre se ahoga, porque se tenía que morir y lo hizo.

Volvió al living, suspiró.

—¿Cuál vino?

Sammy agitaba la salsa, con la otra mano revolvía una pasta.

—Un merlot nomás, pero de esos viejos. ¿Había uno como de sesenta años?

—Ya, si— replicó, seca.

Sam salió a la terraza en busca del bendito vino. Y así, Sammy encontró la oportunidad de buscar la bala verde. Los dedos le temblaban, ¿de satisfacción? ¿de empoderamiento? ¿de excitación sexual? Giró la parte de arriba. Un olor ácido se le metió en la nariz. Qué tonto fue haberlo oído. Sintió un malestar inmediato en la cabeza. Al alzar la vista se encontró con su reflejo



en la ventana como una imagen superpuesta sobre la figura de Sam, que estaba inclinada buscando el merlot. ¿Qué lo llevó a eso? Si al principio se querían tanto. Los comienzos son todos lindos, como estériles. Y los meses, y los años, y las ganas de acostarse al lado de la misma persona sucumben a lo cotidiano. Aunque lo cotidiano no es razón suficiente. La verdad es que ella, la hermosa jovencita inclinada en el quinchito, esa a la que se le ve la piel de la espalda, a la que se le notan las vértebras pulcras debajo del chaleco, se fue convirtiendo en una puta. No andaba con nadie, no tenía amantes que él supiera. El asunto era que lo trataba como si fuera un niño. Peor. Como si su nivel cognitivo no cumpliera con los requisitos para entablar una conversación decente. Lo trataba de cochino, pero es que trabajaba levantando peso, claro que llegaría a la cima de la puta colina en ese puto valle pasado a pata y a cocos sudados. Sí. Se lo merece. Sí. Ya no lo mira en la cama. Cuando Sammy la buscaba debajo de las sábanas por andar caliente, ella se levantaba para esconderse en el baño a leer un libro que traía de arriba abajo. ¿Por qué de pronto se había interesado en medicina? Quizás porque ella era novelista. O lo quería matar.

La jovencita encontró el vino. Sammy parpadeó, las gotas de sudor le resbalaban por la sien, y el muy tonto se secó con la mano que sostenía la bala verde y el veneno extraño se perdió. ¿Habrá caído en la pasta? ¿En la salsa?

—La concha de su madre.

Sam sostuvo la botella. Era gorda, larga, decía 1933. La apretó en su axila, buscó el saco de pellet de Káiser y con una palita sacó su ración. En el peldaño de la entrada reposaba su plato de agua y el de las galletas. La jovencita llenó el segundo, fue a buscar el sobre de comida húmeda y lo vertió sobre las galletitas. Káiser no apareció. Era extraño. Al primer tintineo del plato corría como rayo. Sam lo esperó un instante, iba a silbar, pero prefirió dejarlo tranquilo.

La puerta se cerró. Ahora quedaban ella y él.

Sam puso dos copas sobre la mesa del living, acercó el cenicero con unas cuantas colillas. Se levantó para buscar el sacacorchos, y lo vio sobre la Betamax. Extraño. Abrió el merlot, dejó que la fragancia le cubriera la nariz. Ahí se quedó un rato mirando el corcho manchado. Sirvió, grosera, hasta casi rebalsar el cristal, pues la idea era atontar al maricón. Por supuesto, Sammy recibió la copa atestada sin poner un pero. La bebió de una. Pidió más. Sam ya se estaba sentando en el sillón. Se dijo: “¿Qué tanto?” Y le extendió otra copa grosera.

La jovencita pasó sus dedos por el pelo, lo puso detrás de sus orejas. Encendió un Lucky Strike y con la misma mano abrió la ventana a sus espaldas. El poco vino que engulló ya le daba un

calorcito cómodo. Cigarro en los labios, con un párpado cerrado para que el humo no le irritara el ojo, tomó el extravagante control remoto, lo estudió casi anatómicamente.

—Creo que podemos grabar el capítulo —le dijo a Sammy.

—Nadie usa Betamax, no tenemos cintas.

—Ya, pero hay una dentro —apuntó.

—Mira tú... sírveme otra —mandó.

La botella no duró nada. Sammy ya tenía la lengua algo enredada. Tuvo que tomar rápido para deshacerse de Sam por un instante y cargar el revólver. Con la pérdida del veneno, tendría que recurrir a su última carta.

Él la volvió a mirar por la ventana. El trago la hacía más linda, sobre todo con el pelo recogido. Y esa falda holgada, poco más arriba de las rodillas, le resaltaba las piernas trabajadas de tanto subir y bajar la pendiente. Sam era la jardinera de ese paraíso. Listo. Ya no perdería más tiempo pensando en la juvenzuela preciosa, rica.

El teléfono rojo sonó. Él no iba a perder tiempo contestando una llamada a esas horas. Menos cuando apretó el botón del revólver, se desplegó el tambor y, al poner las balas, se dio cuenta de que solo tenía cuatro.

—¿Dónde chucha? ¿Dónde chucha se cayó?

Volvió a poner el arma en su espalda, ya cargada. Barrió el suelo con los ojos oscuros. Las cosas siempre se caen y siempre encuentran la manera de esconderse. Tuvo que agacharse como perro. Las rodillas le crujieron y la lengua se le salió en un jadeo. De pronto la salsa saltó y le salpicó justo donde se le había levantado la camisa.

—¡Cresta!

Se quemó. Pasó los dedos por el coxis y se miró los dactilares con la salsa. Él, sugestionado por Sam, también pensaba si era tonto o un simple distraído. La respuesta llegó cuando se lamió los dedos que posiblemente tenían veneno. Y en el grito de susto:

—¡Concha de mi... de su... de tu madre!

Sam ya estaba parada en el living y alcanzó a ver el revólver que le asomaba por el pantalón. Quedó pasmada. ¿Cómo tan idiota? Sammy se giró y, sin querer, pasó a llevar la válvula del gas. Una llamarada escaló rauda hasta el techo y le encendió los pelos de la nuca. Sam, atónita, escuchó el ring que no cesaba. Admiró a

su marido luchando contra las llamas, por un momento ella casi pierde la compostura, por un instante iba a ayudarlo, pero era más divertido verlo saltar y notar cómo las vociferaciones de Sammy eran tan agudas como el ring-ring. Sam giró al pasillo amarillo, avanzó con toda calma, posó sus ojos sobre el dial del teléfono. Contestó y dijo: “Bueno”. Colgó.

Volvió al living caminando hacia atrás, burlándose del inepto que se terminaba de quedar pelado por la llamarada en su cabeza. No iba a morir ahí, no así. Sam tomó el pensamiento desechado, ese de auxiliarlo, y creyó que no era tan mala idea. Fue por un vaso de agua, giró la llave del lavaplatos. El maldito gritaba que gritaba:

—Ayúdame, hueona loca, que me disuelvo.

¿Disuelvo? El cretino desvariaba. Ella deslizó las cortinas antes de que se creara un incendio y le tiró el agua en la cabeza.

Sammy, agitado, aplastó su cuerpo contra el refrigerador. El arma se le enterró. Qué dolor. “La vio, la puta loca la vio”. Pensaba. No quedaba más, ninguna alternativa. Ahí, con el cura que no cesaba de hablar de la pureza del matrimonio, Sammy sacó el metal letal de su pantalón y apuntó a Sam a la nariz.

La jovencita botó la copa. Dio tres pasos atrás tratando de hallar un escape. Un *deus ex machina* la salvó: el televisor, caprichoso, subió el volumen a tope. Se oía como un infierno. ¿Cómo era posible que eso sonara tan fuerte? La pareja se distrajo. Sam tocó el mango del sartén con la salsa.

—¡Toma, hueco!

La carne caliente, las especias cocinadas y el líquido hirviendo chocaron con la cara de Sammy. Aullaba como Káiser. Una bala se disparó por la ventana. El hombre se derrumbó arrastrando las uñas por su rostro como si se estuviera derritiendo.

Sam sacó el tubo. El sartén daba vueltas en el suelo. Una llama alcanzó la cortina. Los pedazos de copa se le enterraban a Sammy en las piernas mientras tanteaba el piso a ciegas buscando el revólver. Su esposa le agarró las pantorrillas arrastrándolo hacia ella. Él le alcanzó la tersa piel de la garganta y presionó. Presionó. Ella no lograba zafarse del energúmeno. Todo daba vueltas. De pronto vio el reloj en la muralla. De pronto ya eran las nueve de la noche. Sam no tenía tiempo de pensar en nada. Apretó las muñecas de Sammy. No. El tubo con cianuro rodaba a su lado. El brazo no llegaba. Ya, cuando estaba perdiendo la conciencia y el puto, hueco, gritaba cosas sinsentido, alcanzó la olla con la pasta y la volcó sobre los dos. Se quemaban ellos, se quemaba la casa. Sam, ya desesperada, se aferró a unos trozos de vidrio. Empuñó la mano. Sintió cómo se clavaban. La ira la hizo pegarle un charchazo a Sammy, tan poderoso que le rasgó la

piel con los pedazos de la copa estancados en su mano. Él sintió la derrota. No veía. Su cuerpo parecía hincharse. La quemadura y los desgarros se elevaban más allá del umbral del dolor, ahí donde comienza la anestesia natural.

—Maldita. Puta. Zorra.

La pintura de la casa metálica comenzaba a inflarse. Sam se puso de pie, jaló la cortina para apagar las llamas poniéndola en el lavaplatos. Su talón dio con el arma. El fuego al lado de su rostro. El pelo flotando por el calor. Una villana como la de sus novelas. Vio las tres balas en el cañón. Avanzó. Sammy clamaba piedad. Apuntó. La tele aumentaba la bulla. Amartilló. El pobre hombre se acostó en posición fetal y, al moverse, salió el tubito con cianuro como un supositorio despegando.

—Es mejor —dijo en voz alta—. Porque puedes salir vivo del incendio, pero no de esto, maraco.

Le puso el cañón en el estómago. Con una sola mano abrió el tubo. Sería fácil introducirlo con todo ese alarido. Y lo hizo. Sammy abrió la boca casi como recibiendo un jarabe. En un par de minutos estaría muerto. Ella ganó.

Se sentía tan plena. Tiró el revólver, y es que la televisión arruinaba su momento. Caminó con las llamas siguiéndole sobre la cabeza. Unas explosiones diminutas, cual petardos, se oían en la cocina. Tampoco faltaba mucho para que estallara el galón de gas. Era urgente salir, tomar a Káiser, ir a la comisaría y decir: “Mi pobre, perfecto, amado, dotadísimo esposo ha muerto haciendo tallarines”. Lo más imperioso era bajarle el volumen a eso.

Tomó el control. No distinguía para qué servían los botones o sus colores. En ellos no estaban impresos los símbolos conocidos. Trató con todos. Unos cambiaban de canal. Unos mostraban su casa por fuera, otros por dentro. Uno... el azul, hizo andar al Betamax.

—¿Qué mierda?

Sam se veía a sí misma en la pantalla. El volumen ya estaba silenciado. Entre el cantar del fuego se oyó deslizarse la cinta dentro del aparato. Sam, pensando que era un sueño, se pellizcó el hombro hasta sangrar. De rodillas, intentó apagar esa tele del demonio que la vigilaba. Que había visto todo. El último botón del control, el único que no había tocado, pausó al momento. Un poco tarde porque Sammy, desde el rincón del refrigerador, le disparó a la jovencita en la cabeza. Mas la bala quedó suspendida entre el pómulo y la sien. Las llamas quietas. La pareja en la tele.

Ella podía moverse. Así que sacó un Lucky Strike, se sentó en el sillón frente al Betamax e intentó acercar el cenicero. No pudo.

No puede. El encendedor no responde. Se levanta inventando teorías, creyendo que está loca. Mira el reloj: las nueve. ¿Cuándo putas avanzó la hora? El fuego, aunque estático, emite calor.

—¿Qué tanto? —dice y acerca el Lucky a las llamas. Efectivamente, se enciende. Y Sammy llora. Es lo que hace mejor.

Tirado, con la piel hecha mierda, los pantalones bañados en sangre, sigue disparando en vano.

—¿Qué pasa?! —revisa el arma—. ¿Qué hiciste, bruja de mierda?!

Sam vuelve al sillón. Aspira una bocanada. Placer en los pulmones. Pone el pulgar y el índice en la sien. La bala pausada le da un choque eléctrico no muy potente.

—Es la primera vez que me dices bruja, tontito.

Sammy no entiende nada. Solo sabe que, sea lo que sea que pase, terminará pudriéndose en la cárcel. Para ello no hay mejor remedio que el suicidio. El cañón en su cabeza, pero el arma no hace caso.

—Esto es... ¿Qué es esto?

—Amorcito, parece que hoy no veremos Twin Peaks, y qué buena que estaba.

—Déjate de hueás, ¿acaso no ves que la casa se quema? Llama a alguien. ¡Toma la cagada de teléfono y llama a alguien!

—¿Para qué? ¿Para decirle que mi esposo me iba a matar? ¿O para decirles que me mató? —Otra bocanada, el humo sale, pero se congela en el aire.

—¿Y tú crees que soy tonto? Sí... y lo piensas en serio. ¿De dónde te salió eso de la medicina? ¿Qué me pusiste en la boca?

—Ay, Sammy, ya basta.

—Es como si supieras qué está pasando... ¿por qué yo no?

—Ven, siéntate aquí.

—Estoy todo herido, tonta, ¿cómo podría...?

—Hazme caso. Párate y ven.

Sammy se percata de que el dolor ya no existe. Levanta una pierna, después la otra. Quiere quitarse los trozos de vidrio. No salen. Se incorpora, y la moral vuelve a derrumbarse al ver el fuego estático. ¿Es el infierno? Tiene que ser, atrapados los dos

ahí. Se planta a un metro del sillón, vira la cabeza, dirigiendo los ojos a la tele y ya, como un chiste cruel, cae en cuenta de que los vigilaban. Le quita el Lucky Strike a Sam, toca la bala entre el pómulo y su sien, y se sienta, pues no hay nada que hacer.

—Iba a matarte, tontito, y estaba todo bien planeado. —Estira los dedos para recibir el cigarro—. Nunca pensé que tú tuvieras el valor de hacer lo mismo.

Sammy, perdido en lo arcano de su mente, solo atina a preguntar:

—Entonces —traga saliva agria—, ¿trajiste esta tele para grabar todo?

—No. Apareció nomás, cayendo por la calle. Creí que era de alguien. —Sam se inclina para ver la imagen que los muestra a ambos demacrados—. Cuando la toqué sentí que debía traerla, anda a saber tú porqué. ¿Tú no sentiste algo cuando la tocaste? Como electricidad.

—No. No tiene sentido, algo hiciste. Yo sé... —Sammy se toca la cara destrozada.

—¿Qué es más improbable: un televisor con un Betamax que detiene el tiempo, o que tú y yo nos hayamos querido matar al mismo tiempo? —sonríe.

Sammy se toca las piernas. Mira el arma. Vuelve a la tele y luego observa al teléfono rojo.

—¿Quién llamó?

—¿Disculpa?

—Estás harto loca, te vi contestando en lugar de ayudarme.

—Tan dramático... No era nadie, o sea, era alguien equivocado. Y, ¿ayudarte? Si te queda tan bien ese corte a la parrilla.

—¡Ah! Concha, puta, mala persona, maligna, penca, hija de puta... ¿Dijiste que sentiste algo al tocar la tele?

—Susurros, ¿qué sé yo? Ahora tengo una bala que quiere entrar en mi cabeza. Creo que es mejor esperar sentados.

—Dame eso. —Sammy le quita el control remoto.

—¿Qué haces?

—Tiene que haber una forma, ¿no? Al final tú estás casi muerta. Yo me puedo salvar, ¿cómo tan egoísta?

—Chanco de mierda, ¿y qué crees que va a pasar contigo?

—Me arranco, dejo la camioneta en el basural y me voy con el Káiser.

—Chanco, chanco puto, eso eres. ¡Devuélvemelo!

La pareja enreda sus dedos en el control. Los anillos se encuentran una vez más. Dan vueltas sobre el sillón. El Lucky Strike cae sin caer. Ella mete una pierna en la ingle de él. Él le toma la nuca. Ella forcejea con todo. Ambos se miran a los ojos. El pantalón se va deslizando. La falda sube erizada. El control remoto se esconde bajo la mesa. Los botones de la camisa se abren. La piel quemada le excita. Son dos maníacos perpetuos. No hay cabida para los labios. Las bocas se abren porque tienen hambre. Chocan los dientes, enredan las lenguas, cuerpos calientes. Fundidos uno en el otro. Otra en la una. Ella con la incandescencia en la espalda desnuda. Él moviendo las piernas, frenesí. Tiran de sus pelos. Fuertes animales en celo. Se muerden. Canibales. Se dan cachetadas violentas. Se acorralan en las murallas. Van flotando, o así lo sienten. Caen al lado del televisor. Se enredan con el cable. Ella lo toma y hace una horca. Él se deja, no va a morir todavía. La ropa se dispersa por el living. El sexo primitivo. Vuelcan la mesa sin pensarlo. Ella lo asfixia. Él carcajea, jadea. Pasan los cuerpos por el botón. El puto y único botón azul que no debían tocar.

Las llamas se reanudaron. El gas estalló. La bala atravesó a Sam. El delgado y hermoso cuerpo descendió en cámara lenta sobre su último amante. Él se quedó inmóvil, sintiendo la desnudez en ese mausoleo. La televisión cambió de señal:

—Y ahora Twin Peaks.

La imagen se abre, hay un aserradero con abetos Douglas, la música de introducción es sumamente tranquilizante. El título de la serie se dibuja en letras verdes. Glaucas como la piel de Samanta, con su sien abierta como flor, y dos o tres suspiros que la paralizaron por hipoxia.

Sammy tomó las mejillas de Sam. Tenía los ojos abiertos, siempre atenta, y sus dientes de conejo bien afuera. Delicadamente, la dejó a su lado y esperó que el incendio terminara con todo.

“¿Pero por qué tendría que acabar conmigo?”, pensó sin vergüenza. Se calzó los pantalones, qué dolor en las piernas. La argolla le quemaba, no pudo quitársela. Sentía la carne de la cara desmenuzándose. Puso, miedoso, los dedos en su pómulo y se tocó los dientes. Correr. Huir. Nada más.

Tocó la perilla de la puerta y la mano se le pegó en la incandescencia. Así que empujó y empujó y empujó con el hombro. La derribó. Ahí lo esperaba Káiser. También había un hombre, alto, robusto, una mole.

—¿Qué le hiciste a mi hija, maricón?

Sammy, pasmado, fue alcanzado por el cianuro. Un traqueteo en las venas, una cabalgada en el corazón. Se iba hacia los lados. Con la mano en el pecho dijo:

—Se quemó, suegro, un incendio terrible.

El hombre se puso delante de Sammy. Káiser le lamia las manos, era un buen conocido. Es más, el padre de Sam le enseñó a atacar.

—¡Káiser!

El siberiano saltó. Con las cuatro patas empujó a Sammy al incendio. Se perdió entre las llamas, todavía se le oía llorar. El padre, pobre papá, entró como pudo a sacar el cuerpo desnudo de su hija. Mientras lo arrastraba, el Betamax escupió la cinta a sus pies. Ahí se quedó uno, dos o tres segundos. Contemplando cómo el caos no mataba a la tele. No la mataba. Cómo algo lo llamaba susurrando, una estática demencial.

El cuerpo de Sam quedó en su jardín, con el tatuaje de apagado brillando en el muslo. Káiser se acostó a su lado, le lamió las uñas mal cortadas de los dedos. El padre, irremediamente hipnotizado, por el vil Betamax: fue envuelto por la cinta del cassette como una momia y se lo devoró sin que dijera pío. Lo mismo ocurrió con el cadáver de Sammy, con el fuego, con los contenedores.

Káiser corrió sendero abajo, dejando a Sam bajo el candado con el dragón. Desde su posición, el can fue testigo de la desaparición de la casa en la colina más alta del Valle. Solo quedó el televisor, su reproductor y el control remoto. Y esa gente que tanto gustaba hablar de la pareja no volvió a nombrar a Sam y a Sammy.

Isa

Sus ilustraciones acompañan esta edición de Grifo porque en ellas resuenan las tensiones y afectos de la identidad chilena. Su trabajo nos hace reír, pero también pensar en los símbolos que compartimos. Nos invita a reconocernos —y reírnos de nosotros mismos— en cada trazo, como quien hojea un álbum familiar y descubre que la historia del país también se cuenta entre carcajadas, cuando no queda otra reacción ante el desconcierto.

Cinco poemas

por Maximiliano Díaz Troncoso

La pendiente

Y te dicen tranquilo. *Ve día a día. Tómatelo con calma.* Aprovecha el clima. Tienes dos piernas y una bicicleta. Pedalea hasta el río y cuenta a las gallinas encerradas en los corrales de tabla húmeda. Guarda ganas para la subida. Querrás estar solo un ratito. Hace bien

corre a mirarte en el suave reflejo del agua sucia.

Este será el primer conejo que veas vivo. Sin servirse en un plato con cebollas y zanahorias cocidas. Sóbate los tobillos y mójate la cara. Puedes fumar un poco si quieres. Pero vuelve a casa. Los pasajeros y mercaderes saben que estás en camino.

Seco

Es siempre la enfermedad la que te pilló desprevenido. Corre por ti con la constancia del aceite y espera risueña tu primera puntada:

tal vez, al principio lo atribuíste al color y probaste dar nuevo formato a tu cuerpo bajo el frío beso de la cascada que en tu baño se levanta por ducha. Pero ni mil cuchillos de agua en tu cuello

podrían lavar esos lunares.

Esperas ahora la cura durmiendo temprano y pensando en tu próxima visita al mar en El Quisco.

Piedras

Paso con el auto entre la siembra por el paso de nivel cerca de su casa

y los cuento: son ocho niños en bicicleta. La acequia no arregla la temperatura del día. Y antes de llegar a lo más alto del puente una pareja: dos varones se bajan de la motoneta con cabina y letras chinas a tirar piedras al camino antes de esconderse, transforman la carretera en un beso.

Cruzo el paso, dejo atrás las espigas que se sacuden con el recatado movimiento de cada guarén.

Cuánto más tendré que manejar para llegar al otoño.

Para Tomacho, esperando el tren

Toda el agua del mundo tiene un precio. No sabría decirte si difiere de acuerdo a zonas o grados de pureza. No tengo un contacto en las aldeas y la de acá sale tan turbia, Tomacho. Aunque tampoco

sé si abaraten costos en las piscinas de la infancia —plástico tubo blanco pelopincho manchadas de un verde borroneado—, aunque la tuya está, por fin, terminada.

Mi primo y yo compartíamos una ascendencia cercana que no sabría explicar cuál y lo visité tantos fines de semana, su pieza estaba al fondo cruzando el pasillo de una casa de adobe larga y oscura y por puerta tenía una cortina. En algún momento alguien de la familia nuestra, de ese mismo fundamento compartido me dijo con cizaña que su abuelo, medio hermano del mío, lo había acusado por fumar y su padre, el de ambos, digo; lo obligó a apagarse el cigarro en la lengua y comérselo. Pero es que así dicen algunos eran las cosas en el campo y nosotros nunca quisimos ir allá. Su papá, mi tío Pablo

—sobreviviente de la segadora que intentó tragárselo y le regaló una fractura en la clavícula—

levantó arcos con pitilla y ramas en el potrero tras el sauce vimos al ratón y al caballo. Qué amarillo era el día lleno de arañas qué oscuras las dependencias de la leñera. Cuánto demora alguien, Tomacho, en aprender a manejar un tractor o morir en un galpón a dos kilómetros

del lugar donde se levantó, brillante, la madrugada de su adolescencia.

Primo
qué descanso hay ahora en los barro
profundos en la camiseta
de Cazorla en las cervezas
junto al canal en los zapatitos
de cuero.

Un poema pensando en ti

A pesar de conseguir un transporte modesto: motor en vieja camioneta / city car de colores discretos que susurran lentitud en su soplo metálico mi papá aún se pasea por las calles con un jockey de Ferrari esperando hallar el acontecimiento. Respira bajo el pecho azul del calor, su nariz pierde capas y capas de piel como un libro hecho de papel cebolla. Aplana la calle cabrito, me decía, y ahora es él quien espera conciertos en los parques o la aparición bienaventurada de una botella de cerveza sobre la mesa plástica. Dónde han ido, Felipe, las hojas coaguladas que en los matorrales de tu juventud te interrumpen la memoria o el ocio de chinitas y caracoles. Hasta dónde caminarás hoy ¿encontrarás un brillante vaso de agua fresca que parta al sol en su reflejo, una cama limpia junto a la ventana? ¿olvidarás todo aquello que alguien guarda para ti: todo eso que no has hallado aún?

Río felino

por Luciano Sué

El pulso que me guiaba era saciar mi sedienta boca. Cada roce por tu piel era un apaciguo para el desborde que sentía esa noche. Tu rostro no se dejaba ver, cubriéndose con una cabellera negra y reluciente que tapaba tus gestos. No sé si te escondías con intención, pero lo hacías, y me dejabas inquieto por no saber qué rasgos tenías, qué pensabas, o si querías estar ahí, acompañando a un resquebrajado ente que solo buscaba compañía. Me apoyé en el recorrido de tu espalda, usando tu eterna melena como amortiguador. La vergüenza por gastar en ti la poca energía que me quedaba, me hacía sentir débil, vulnerable hacia una enmascarada que jugaba con su silencio. Quise acariciar tu rostro, y fue ahí cuando te diste vuelta, aflorando de a poco tu mirada entre telas nocturnas. Tus ojos brillaban en la oscuridad del cuarto y, mientras pasaban los segundos, empecé a notar que eran parecidos a los de un gato.

—¿Tú también te puedes ver? —me cuestionaste.

Supuse que te referías a la nula visibilidad que teníamos por estar inmersos en la oscuridad, pero cuando la luz de la luna entró por la ventana y aclaró tu fino rostro, pude ver en esas tenues expresiones la intención de esa pregunta. Tus labios comenzaron a dar forma, alzando una sonrisa. Me inquietaba. Desesperadamente te agarré, teniéndote tan cerca que nuestras exhalaciones chocaban. ¿Por qué me preguntaste eso? Pensaba si dentro de tu mente exaltaban carcajadas hacia mí, si es que yo no era la gran cosa para ti, o si te querías ir, dejándome solo con la mancha que cubría mis sentidos. Mi necesidad imploraba un cobijo desde tu boca, reclamando a tus ojos rasgados que no parecían captar lo que te estaba gritando sin decirlo. Estaba agitado y, a pesar de eso, el ritmo de tu respiración fue más acelerado que el mío. Parecía un canto, que comenzó como un jadeo solemne hasta agudizar mis tímpanos. Todo mi entorno se tornó borroso, exceptuando tus felinas pupilas, que me fueron hipnotizando y transportando a un espiral de sentidos. Estaba al borde de un precipicio, inhibido por las ataduras que cubrían mis muñecas. Caminaste hacia mi espalda, entrelazando tus uñas con mi cabello. Antes de que me empujaras levemente, tu presencia parecía insistir que fluyera hacia la seguridad de tu mano. Cerré los ojos, respiré hondo, y mi cuerpo se balanceó, cayendo al abismo. Desperté inmerso

en agua, llevado por una corriente que parecía no tener rumbo. El rugoso sonido del flujo no dejaba escuchar mis suspiros por la turbulencia. Los árboles alrededor del río eran frondosos, y encima de una rama, posaba un búho, el cual observaba todo el transcurso de la corriente. Mi atención cambió cuando un murmullo se empezó a colar entremedio del escabroso sonido. Voces susurraban atrás de mí, proviniendo desde el fondo del agua, como si me las estuvieran musitando en mi oreja. Mi mirada anclada en los árboles captó nuevamente al búho que había estado un momento atrás. El susurro de las voces ya las sentía en todo mi cuerpo, cubriéndome como si cada palabra formase manos que se aglomeraban hasta llegar a mi cabeza. Y volvía a ver al mismo búho, el cual me perseguía con sus ojos inmensamente circulares. Me estaba ahogando, repitiendo viciosamente mis intentos de escapar de la corriente. A lo lejos, un puente claroscuro se formó al frente mío. La corriente se normalizó, y el sonido era ahora solemne. El abrupto cambio permitió que mi cuerpo tuviera más libertad para moverse por el agua. Y en el mismo puente, escuché la voz desgarrada de un niño. Nadé como pude hacia la orilla y seguí persiguiendo el sonido del llanto. Mientras me acercaba vi cómo se configuraba la silueta de quien provenía. La figura de un pequeño, estático, que le reclamaba a algo. Caminé para acercarme a él, y la sombra comenzó a desvanecerse. Ese niño, de un metro, pálido, de no más de siete años, tiritaba por estar completamente desnudo, y frente a él había un espejo del que no emanaba ningún reflejo. El niño se lanzó hacia el cristal y lo quebró, dándole golpes sin parar, sangrando por los vidrios que se incrustaron en sus pequeñas manos. Era él, sufriendo por no tener una respuesta. Era yo, el que tiritaba mientras me desangraba. Me arrodillé delante de él, levantando mi cabeza y apoyándola en su estómago. Vi mi expresión en la suya: ojos negros que sollozaban por un consuelo. Comenzó a tocarme el rostro con curiosidad. Luego, miró sus manos, manoseó su cuerpo, olió su aroma, y me dio un beso, riéndose. Se esfumó del lugar, en cuanto las ataduras se rompieron. Y cuando terminé de morder tu labio y soltar tu cuello, pude finalmente devolverte esa sonrisa quisquillosa.

—Al fin puedo verte —me susurraste en el oído.



Ruido de fondo

por Antonia Viedma

Voy a clases y el puesto al lado mío está desocupado. Hace meses que lo está, aún no me acostumbro. Ya es invierno. La mayoría de mis compañeras están con sus amigas, riéndose, cuchicheando sobre la nueva teleserie de la tarde, sobre las papas fritas pasadas a aceite del casino, sobre la tipa rara al otro extremo de la sala que siempre se sienta sola. La profesora llega. Muestra un mapa de Europa del siglo XVIII. Habla sobre guerra y religión, cómo están siempre ligadas; habla sobre matrimonio y amor, el gran error que fue unirlos. Yo estoy cansada de escuchar las opiniones de los demás sobre el amor. En especial si son cínicas, pero presto atención. Necesito distraerme. En eso se ha convertido la universidad para mí: una distracción.

La profesora dirige la clase hacia el amor cortés, a hombres y mujeres que vivían romances fuera del matrimonio, porque este era un contrato social. Defiende este método sin ocultar su historia personal, su fracaso, sus arrepentimientos. Creo que es patético y, al mismo tiempo, quiero ser como ella. Exponerme sin pudor. Dice que el matrimonio acaba con la muerte, y el amor platónico, no consumado, trasciende a esta. Esto se pierde una vez que empiezan a coexistir.

Para apoyar su punto proyecta en la pizarra la *Primera epístola a los corintios*. El capítulo ocho, donde san Pablo caracteriza al amor como paciente, servicial, todo lo disculpa, todo lo soporta, no es envidioso, ni busca su propio interés. Lee un fragmento de la carta y ríe.

—¿Alguna vez han sentido este tipo de amor?

En medio de los murmullos tu voz contesta por mí, dos años atrás.

Estás mirándome desde el piso con una sonrisa traviesa. Nos refugiamos en el pasillo dedicado a guardar bicicletas y la luz que atraviesa el cristal amarillento llega hasta tus piernas morenas, extendidas en la cerámica. Es viernes por la tarde y la gente transita por el Espacio Urbano de Puente Alto como un solo tumulto ruidoso, ajeno a nosotras.

—Vamos —dices—, siéntate.

Sabes muy bien que detesto la suciedad, pero también sabes que suelo ceder rápido. Te paso mi vaso, un bebestible japonés, y uso mi mochila de asiento. Es verano, ambas llevamos falda. Me sonríes y sorbes tu malteada, poniendo los ojos en blanco, como haces cada vez que quieres descifrar si te gusta algo.

—Le doy un ocho de diez. Me gustó más el de la otra vez —concluyes—. ¿Y el tuyo?

Bajo tu mirada atenta, pruebo el mío.

—Es dulce, me gusta. Sabe como a... como...

—¿Frutilla?

—Sí, pero me recuerda a algo. Un postre, creo. O un helado.

—¿Puedo probarlo?

—Dale nomás.

Le dedicas a mi bebida el mismo afán que a la tuya. Yo solo puedo pensar, infantilmente, en que nos estamos dando un beso indirecto. Siento el calor subir a mis mejillas y sé que estoy un poco roja.

—Sabe a... —titubeas, y luego me miras como si el sol ocupara un lugar en tus ojos—. ¡Sabe a frutillas con crema! ¿Sí o no?

—¡Sí, eso era!

Nos reimos. Apoyas tu cabeza en mi hombro y conversamos, intercambiando bebidas de vez en cuando. Estoy dividida en estas dos versiones de mí misma, de nosotras. Me cuestiono cuál es la real.

Vuelvo a la clase. Por un segundo san Pablo tiene razón y siento pena por mis compañeros, que responden a la pregunta con negativas. Pero soy yo la que todo este rato ha estado mirando fijamente una silla vacía. Revivo una y otra vez este recuerdo que, en realidad, es más una sensación.

—A diferencia de la frase dicha en las bodas, el lema del amor cortés vendría siendo: hasta que la vida nos una. Porque una vez consumado, se acaba —la voz de la profesora se sobrepone a las imágenes como una narradora.

Respiro profundamente y me desdoblo una, dos, tres veces. Las paredes de la sala, el pasillo del Espacio Urbano; oscuridad. Ahora es otoño. Estoy sola, pensando en los aeropuertos, aquella estructura gigante y compleja a las afueras de la ciudad. Ahí no pasa el tiempo, dicen. Pero no estoy en el aeropuerto, nunca he estado en uno. Son las tres de la madrugada e intento recrear, acostada en mi cama, un despegue que está sucediendo a kilómetros de distancia. Casi dos horas en auto. Suficiente para ir y hacer que paren el avión. Un aviso de bomba siempre funciona en las películas. O una tormenta. El ciclón más fuerte en la historia de Chile, ¿cómo invocarlo?

Mi teléfono vibra. Has estado enviándome mensajes desde ayer. Preguntando qué pasa, si voy a ir a despedirme antes del vuelo o no. Los ignoro y me sumerjo en una fantasía de frutillas con crema. Pronto, estaremos separadas por más de dieciocho mil kilómetros. No sé nada sobre el amor cortés o la carta de san Pablo. Quizás si lo supiera estaría a tu lado y tendría una despedida, un abrazo, al que atenerme los siguientes meses. Pero imaginar siempre ha sido más fácil que afrontar la realidad.

Cuando la clase acaba, soy la única que se queda atrás.

A través del viento, la sal y la nieve

Valdivia

Mi primer vuelo.
Las manos sudaban,
el corazón latía como si también volara.
La lluvia nos dio la bienvenida
y el verde parecía eterno.
La pichanga, el crudo, la cerveza...
todo sabía a descubrimiento.
Dormimos con el sonido del viento sureño
golpeando las ventanas.
Fue ahí donde entendí
que viajar contigo
era ternura.

Pichilemu

Invierno. Playa.
Atardeceres que dolían de lo hermosos.
Nos reíamos con frío en los labios
y calor en el pecho.
La paila marina sabía a refugio,
el pescado a sal y hogar,
y el chocolate con limón
a algo que nunca olvidaré.
Fue ahí donde me di cuenta
de que me enamoraba
cada día más.

Bolivia

Me dolía la cabeza,
el pecho, el cuerpo entero.
Pero, aun así, reía.
La Paz nos recibió con altura y con sabor:
sopa de maní, mocoichinchi, papa rellena.
Uyuni fue caminar sobre el cielo.
El reflejo era tan perfecto

por Millaray González López

que no sabía dónde terminaba el mundo.
Adela, una mujer encantadora,
me brindó calidez.
Bolivia fue alma.

Perú

Nos enfermamos,
pero igual reímos.
En Tacna,
el lomo saltado fue medicina.
Las tortas de chocolate, consuelo.
El pisco sour,
una chispa de alegría.
Regateamos, caminamos poco.
Descansamos mucho.
Perú fue pausa y cuidado.

Arica

Volver a Chile
en medio de un carnaval.
Bailes que se mueven
al ritmo del sol.
Nos derretimos bajo el calor,
pero el corazón
late fuerte
al ritmo de los tambores.

Arica fue fiesta.
Estamos en casa,
todavía bailando.

Toronto

La nieve.
El frío que duele.
-19° en la piel
y aun así sonreímos.
Comida chatarra, partidos,
zoológicos que parecían ciudades.
Sonia nos mostró
la calidez canadiense.
Todo estaba conectado por túneles,
pero nosotros queríamos caminar,
aunque nos temblaran las piernas.
Toronto fue aventura.

Niagara Falls

Las cataratas parecían hablar
un idioma secreto.
Los arcoíris entre hielo,
la manzana acaramelada
con toppings brillantes.
Todo en aquel lugar fue:
alegría, amor y tranquilidad.
Allí nos quedamos quietos.
Todo era demasiado bello
para apurarse.

New York

Times Square
bajo la lluvia.
Iconic.
Central Park nos susurró
libros y películas.
El museo nos hizo
niños otra vez.
El puente de Brooklyn

fue nuestro camino de regreso.
Las fotos en Dumbo,
la luz en el río.
Cada atardecer era diferente.
New York fue frío.
Pero ese frío
que te abraza
y no te deja ir.

Santiago

La rutina no fue una caída.
Fue una caricia.
Volvimos con más amor,
más historias,
y el corazón más lleno.
Y aunque anhelamos el próximo viaje,
sabemos
que este amor
puede con cualquier ciudad.

Mis últimos sueños

por Anahi Varas

Matt se encontraba asustado, pero a la vez sentía una tranquilidad extraña. ¿Cómo era posible sentirse así, si lo habían secuestrado? O al menos, eso era lo que él creía. Cada vez pensaba más, imaginando miles de escenarios desastrosos. La ansiedad lo desbordaba: le sudaban las manos, los mareos se intensificaban. De pronto, vomitó todo lo que tenía en el cuerpo. Apenas logró tomar aire, cayó al suelo y perdió el conocimiento.

Los dos hombres que lo vigilaban se alarmaron. Si sus jefes se enteraban de lo ocurrido, lo menos doloroso que podían esperar era la muerte. Rápidamente lo limpiaron, comprobaron que no tuviera ningún rasguño y lo acostaron en la cama dispuesta para él. Lo dejaron solo en la habitación. Aunque, antes de salir, uno de ellos se detuvo en la puerta y le susurró:

—Nos vemos mañana, cuando vuelvas a dormir.

Matt despertó de un salto. No entendía lo que estaba pasando, pero sentía que todo había sido demasiado real. El cuerpo le temblaba, su estómago seguía revuelto y —para su sorpresa— había vomitado, igual que en el sueño. Al ver que ya amanecía, se levantó y fue en busca de sus abuelos, con la esperanza de que tuvieran alguna pastilla para calmarlo. Pero no fue así, la casa estaba vacía: no encontraba ni a sus padres ni a sus abuelos. Pensó que quizá habrían ido al pueblo, pero no se detuvo a especular demasiado. Prefirió limpiar el desastre de su habitación.

Recogió lo que había en el suelo, ordenó todo lo que había tirado y, mientras lo hacía, no podía evitar pensar en lo extraño que resultaba todo. Lo del vómito, el desorden... gran parte de lo que ocurrió en el sueño parecía haber ocurrido también en la realidad. Pero lo que más le rondaba la mente era la frase que le había dicho aquel hombre antes de salir de la habitación. Esa última oración todavía lo inquietaba: *Nos vemos mañana, cuando vuelvas a dormir.*

El resto del día transcurrió con normalidad. Matt compartió con sus abuelos y padres, olvidando poco a poco lo sucedido. Pero al llegar la noche, los recuerdos volvieron con fuerza. Se sentía nervioso, aunque también tenía una curiosidad extraña. ¿Soñaría de nuevo? ¿Era posible continuar un sueño donde lo había dejado? Mientras pensaba en eso, cayó en un sueño profundo sin darse cuenta.

Despertó en el suelo, llorando. No entendía por qué, pero sabía que el sueño había continuado. Esta vez, algo había cambiado. Ahora había dos personas distintas. No podía ver sus rostros con claridad: eran borrosos, como si algo los ocultara a propósito. Aun así, sentía que los conocía. Le resultaban extrañamente familiares, aunque no podía precisar quiénes eran.

Agotado, se quedó tendido en el suelo, tratando de asimilar lo ocurrido. ¿Cómo una simple oración podía hacerlo llorar tanto? Se decía a sí mismo que tal vez su cuerpo le estaba pidiendo

ayuda, que era una señal de su mente para cuidarse más. Se dio vuelta posicionando su mirada en el techo. Justo antes de volver a quedarse dormido, otra frase del sueño apareció con claridad en su mente: “Ya falta poco, mi niño. Pronto estaremos juntos de nuevo”.

Pasó una semana sin que Matt volviera a tener sueños extraños. Todo parecía estar bien. Disfrutaba la estadía en casa de sus abuelos, compartía con ellos y se esforzaba por no pensar en lo vivido. Aun así, cada noche se preguntaba si volvería a soñar algo parecido. La mayor parte de él deseaba que no, pero una pequeña fracción —silenciosa y persistente— anhelaba continuar aquel sueño.

Y de tanto esperarlo, ocurrió. Solo que esta vez lo cambiaría todo.

Matt se durmió como de costumbre y volvió a encontrarse con aquellas dos figuras difusas. Pero esta vez, se acercaron. Cuando los tuvo frente a frente, comprendió quiénes eran: sus abuelos. Por fin entendía por qué le resultaban tan familiares. Estaba confundido, pero una parte de él ya lo intuía.

Al notar que los había reconocido, su abuela le habló con ternura:

—No te asustes, mi niño. Te prometemos que cuando todo pase, te estaremos esperando aquí.

Matt quiso preguntar qué significaba eso, pero su abuelo se adelantó:

—Sabemos que te costará asimilarlo, pero ya es momento de que vengas con nosotros. No puedes seguir así. Debemos irnos. Ya tienes que despertar. No tengas miedo. Recuerda: aquí te estaremos esperando. Tú sabrás cómo llegar.

Al escuchar esas palabras, Matt despertó de golpe. Pero algo era distinto. No estaba en su pieza. No estaba en el suelo. Ni siquiera estaba en su casa.

Con el corazón acelerado, miró a su alrededor. Y entonces lo vio: su propio cuerpo, tendido en una cama de hospital, cubierto de cables, agujas, vendajes. Estaba golpeado. Frágil. Casi irreconocible. ¿Qué había pasado? ¿Cómo había llegado ahí?

Antes de poder ordenar sus pensamientos, un médico entró a la habitación. Se dirigió a sus padres con tono grave y sereno:

—Ya no es recomendable mantenerlo conectado. Lo mejor sería dejarlo ir.

Su madre rompió en llanto.

—¿Cómo voy a dejar ir a mi hijo, si ya perdí a mis dos padres hace menos de un mes?

Al oír esas palabras, Matt lo comprendió todo. Nunca había estado despierto. Los días que creyó vivir no fueron reales. Los sueños no eran sueños: eran despedidas. Fragmentos de un adiós necesario.

Era su momento. Confiaba en lo que le habían dicho sus abuelos. Sabía que ellos estarían esperándolo.

Entre lágrimas, miró a sus padres una última vez, con la esperanza de volver a verlos algún día, del mismo modo en que él volvió a ver a sus abuelos.

Ya era hora. Matt se recostó sobre su cuerpo, dispuesto a volver a soñar. Cuando cerró los ojos, los vio a ellos, esperándolo. Su abuela le sonrió.

Te dijimos que estaríamos aquí. Ya debemos irnos, mi niño. Vamos a nuestro nuevo hogar.

Me busco en el agua del vaso,
en la sombra que da la pared,
y no hallo la risa de antaño,
ni el juego que fue mi merced.

La niña que fui se ha dormido
bajo un cielo que tiende a capotar,
y yo, con mis veinte aullidos
la llamo... pero no quiere jugar.

Tuve mansiones de cartón,
muñecas de trapo para hablar,
un miedo a las luces de neón,
un dios al que quise rezar.

Crecí como crecen las zarzas,
sin guía, ni canto, ni traspié;
me volví mujer en ascuas
sin saber del todo el porqué.

Me dicen "joven", y río,
pero mi cuerpo ya no es aquel,
se arruga de noches sin brillo,
y me pesa de tanto saber.

La infancia se fue de mi casa,
como un sueño que al despertar se olvida,
dejando el sentir de su paso
y el eco que dice: "Estás perdida".

[illegible]

Leche cortada

por Amparo Izquierdo Novoa

Uno de mis juegos predilectos de la niñez consistía en poner una muñeca desnuda bajo mi camiseta y pretender que estaba embarazada. Podía pasar tardes modelando mi guata, que engendraba una vida de plástico. Cuando nació mi hermana, me sentaba junto a mi mamá a admirar cómo le daba leche a ella. Yo me levantaba la camiseta y posaba a mi muñeco, El Guatón, en mis pechos de niña. A pesar de que en mi adolescencia me nutriera de filosofía feminista y soñara con ser una escritora o guionista exitosa, mi mayor deseo siempre fue ser madre. Desde que tengo uso de razón he cuidado a mis hermanas, primos, perros, gatos, amigas, hasta a mis propios padres. Anhelaba sentir que crecía un ser en mi vientre. Tal como narra Plath en *La campana de cristal* (1963), me imaginaba pariendo sin maquillaje, pero sonriente, y recibiendo con los brazos abiertos a la criatura resbaladiza que acababa de salir de mi cuerpo. Del mismo modo en que había visto a mi mamá dar pecho a mis hermanas, posaría a mi guagua en mi pezón y la alimentaría. El día anterior al parto de mi hija, me dieron ganas de ver la saga completa de *Crepúsculo*. Esa noche soñé que debía amamantar por primera vez a mi guagua. Buscaba ansiosa mi pezón con su boca y, cuando lograba encajarse, sentía como corría el líquido por mis conductos. Pero mi hija solo tenía cara de horror. De mis pezones no salía leche blanca, pura, sino sangre. Al día siguiente parí.

En un frenesí —el cual, volviendo en el tiempo sin efectos de la oxitocina, no logro explicar— me reincorporé a la universidad a las dos semanas de haber parido. Me sentía imparabile. Todopo-

derosa. Podía pasar noches sin dormir, escuchando los crujidos de mi guagua, viendo cómo se inflaba su guatita con cada respiración, permitiéndome soñar solo en breves parpadeos. Durante lo que quedó de invierno, me acurruqué con el cuerpecito de mi hija y me alimenté de literatura hispanoamericana. Me obsesioné con sor Juana Inés y me vi reflejada en insoportables personajes románticos. Escribía y entregaba trabajos en una disociación constante y sacaba sietes. Me sentía imparabile. Al parir me habían inyectado un antídoto en la columna que me mantenía en un estado omnipotente.

Uno de mis mayores miedos durante el embarazo era no ser capaz de producir leche. Desde niña, había escuchado a mi mamá jactarse de su leche espesa, “dulce como leche condensada”, que había logrado que mi hermana prematura, “casi del porte de una mano”, alcanzara el peso de un recién nacido de término en los primeros meses, y ganara unos tutos y cachetes mordisqueables. Tenía pesadillas en que mi pololo me estrujaba los pechos, como si fuesen ubres; deseaba ver ese líquido blanco amarillento salir de mis pezones. Pero en vez de eso expulsaba un polvo grisáceo, como ceniza. En cambio, mi madre producía tanta leche que hacía de nodriza para el hijo de la vecina que no tenía ni una gota.

Recuerdo ir camino a urgencias, sin contracciones, pero segura de que ese día conocería a mi hija. Pensando al mismo tiempo en que antes de parir debía redactar un mail para mis profesores,



para justificar mi inasistencia de esa y la próxima semana a clases y evaluaciones. Mi mamá me tildó de loca, debía concentrarme en recibir a mi hija en vez de mandar mails. Pero ahí estaba yo. Con oxitocina a la vena y las manos de la matrona en mi entrepierna. Explicándole a la profesora de Literatura Hispanoamericana que no podría entregar presencialmente mi evaluación porque estaba en trabajo de parto, pero que lo haría un amigo por mí. En plena contracción.

En el colegio nunca me consideraron matea. De hecho, nunca nadie entendió cómo llegué a cuarto medio apenas sabiendo sumar y restar. Pero los libros los devoraba. Hasta hoy no tengo idea de qué podría llegar a ser un número imaginario —¿es que no todos lo son?—, pero hablar se me daba bastante bien e inventar anécdotas de fin de semana también. Cuando entré a estudiar Literatura descubrí que podía ser profesional estudiando sobre teorías, escritos y caluines de personas de otras épocas, y que se me da bastante bien la investigación. Mi nota máxima ya no era un 4,0 como en la media, sino que la mínima era un 6,0, y me sentí inteligente por primera vez. Desde niña escribo: diarios de vida, cuentos, conversaciones ajenas, poemas malos, etc. Pero nunca pensé que sería factible dedicarme a eso, a pesar de venir de una familia de académicos. Cuando descubrí que era relativamente buena en la carrera, me quedaron gustando las felicitaciones: los comentarios positivos escritos en rojo de los profesores, el interés de mi abuelo en lo que aprendía en clases, la cara de orgullo de mi mamá cuando leía y las felicitaciones de

mi papá cuando mostraba notas. Aún deseaba ser mamá, pero era un deseo en pausa y quedaba mucho tiempo de sobra para dedicarme a escribir. Un 26 de diciembre de 2023, encerrados en el baño trasero de la casa de Camilo, descubrimos que estaba embarazada. Yo quería ser mamá. No ahora, ni luego, pero ya que había pasado, quería ser la mejor madre que podría haber imaginado. Quería ser como mi mamá, pero mejor. Como las mamás de las películas, que hacen galletas y cantan canciones de cuna. Pero también quería escribir y no solo cuentos de niños. Quería crear, o investigar sobre tópicos complicados. Por mientras, Camilo seguía pálido y yo ya había botado a la basura mis cigarros, había agendado hora con el ginecólogo y barajado tres posibles nombres. Camilo desarrolló un mutismo selectivo durante varios días, nadie sabía bien qué pasaba por su mente. Cuando logró articular palabras, dijo que le gustaba el nombre Lili. Lía, respondí yo. “Pongámosle Lila”, definió.

Lila nació por cesárea. Primer sentimiento de culpa. Dicen que la maternidad está rodeada de ellos: por volver a trabajar, por no trabajar y dedicarse a criar, por decidir dar fórmula en vez de amamantar, bla bla. Mi abuela me contaba, orgullosa, que ella no pudo salir ni a comprar a la esquina durante el primer mes de ninguno de sus seis hijos. Yo deseaba tener un parto vaginal. No soy de esas a las que le gusta sufrir sin epidural y vivir cada grito de dolor hasta ver a su guagua salir por su vagina y flotar en una piscina, pero sí deseaba sufrir un poco, por lo menos hasta que fuera necesaria la anestesia. Quería verme agarrada a la camilla,

con las piernas abiertas, pujando, sudando y gritando poderosa. Pero fue cesárea. Recibí a Lila acostada en la camilla, con Camilo agarrándome la mano y cantando “La cuncuna amarilla” —pasamos una semana creando una *playlist* para el parto, pero con la adrenalina del momento se nos olvidó y esa fue la única canción que vino a su mente—. Fue hermoso, pero no viví las doce horas de parto que a mi mamá la hacían sentir invencible.

Lila nació con los ojos abiertos, dispuestos a explorar su nuevo mundo y a mirar inquisitivamente a todo aquel que se le pusiera al frente. Mientras me cosían la herida, la sostuve en brazos y nos hicimos caricias. El mundo estaba completo en ese momento. Ni siquiera importaba que me fuera a perder un control del ramo Literatura Occidental por estar hospitalizada. Luego se la llevaron para pesarla, medirla y limpiarla. Hace menos de media hora me habían cortado nueve capas de piel y de pronto me quedé sola, vacía. Camilo fue tras la guagua para evitar que se la robaran o la intercambiaran, como pasa en Talca, y yo me quedé en ese pabellón brillante, sola. Sin el litro de sangre que había perdido en el parto y sin el ser que había crecido en mi cuerpo y que convivía conmigo hace casi diez meses. En ese minuto, me sentí incomparable, era sin duda el ser más poderoso que existía. No había parido en una tina, ni había saltado doce horas sobre una pelota, pero mi parto en camilla, musicalizado por Mazapán, me bastaba para ser invencible.

Según indica Clínica Mayo, para la primera lactancia se debe asegurar estar tranquila, cómoda y relajada. Había parido hace una hora y media y pasé los últimos cincuenta minutos sola, en una pieza repleta de mujeres recién abiertas en recuperación. Nadie me decía por qué se demoraban tanto en traerme a mi hija y Camilo no se había aparecido a ponerme al tanto, porque cumplía al pie de la letra su rol de vigilante para evitar que la intercambiaran por otra guagua. ¿Cómo podría relajarme y concentrarme en que el líquido blanco fluyera por mis conductos, si solo escuchaba voces lejanas y el pitido de las camillas cercanas? Cuando llegó Camilo con Lila en una cunita y un escuadrón de TENS, la matrona pescó rápidamente mi pecho, lo analizó y dijo: “Tienes pezones perfectos, Lila necesita leche pronto”, me pellizcó el pezón con fuerza y, como si hubiera conjurado un hechizo sobre mis pechos, comenzó a brotar un líquido anaranjado y espeso. Para mi mamá, el recuerdo de haberme dado leche por primera vez es perfecto. Para ella, sus tres embarazos y partos fueron ideales. A pesar de haber estado en cama patas arriba la mitad de mi gestación, en silla de ruedas con la siguiente, y tener preeclampsia y un parto prematuro con la menor. Según cuenta, me pusieron en su pecho e inmediatamente comencé a succionar, mientras la miraba con mis ojos demasiado grandes para un recién nacido, como si le estuviese agradeciendo. Dice haberse dado cuenta en ese primer contacto de que estábamos hechas la una para la otra. A mí, la matrona me exigía que Lila debía succionar no solo el pezón, sino también la aureola. Pero

no entendía cómo una boquita de no más de dos centímetros podría engullir el salame de casi diez centímetros que tenía en los pechos. Nunca logró hacerlo, pero sí succionó el pezón. Recuerdo su boquita posada en él, ayudada de sus manos con uñas diminutas que lo sostenían.

Los primeros días sentía un calor terrible en los senos, repletos de leche que pedía a gritos salir. Lila buscaba impaciente encajarse y, cuando por fin lo lograba, chupaba y mordisqueaba ansiosa el pezón, como un vampirito. Pero su succión no era suficiente. Había heredado el don de mi madre y estaba repleta de leche, o eso parecía. Se me hacían unas pelotas del porte de un puño en los pechos. Mi madre, mi tía, mis hermanas y la familia completa vino a masajearme las ubres para que se destaparan y pudiera alimentar a mi hija en paz. Cuando se logró, lo sentí.

Más o menos en el sexto mes de embarazo, me obsesioné con *Los argonautas* (2015) de Maggie Nelson. En este habla sobre la relación simbiótica que se genera entre la madre y el bebé en el proceso de la lactancia, en el cual se produce una tensión entre la necesidad biológica de amamantar —en el caso de tener la suerte de contar con pechos lecheros, necesitas saciar el dolor que produce el exceso de leche en tus conductos, con la succión de la guagua—, y el deseo de autonomía personal. A pesar de que nunca me había sentido tan orgullosa de mi cuerpo, capaz de crear doscientos setenta huesitos, un corazón completo y hacer que mi guagua subiera de peso en cada control, jamás me había sentido tan enajenada de este. Nada de mi cuerpo funcionaba en pos de mí misma. Sueños nocturnos de no más de dos horas eran suficientes para que me convirtiera en *cheerleader* de mi hija las próximas veinticuatro horas. Siempre he disfrutado de la comida, creo que comer es de los placeres más completos que existen. Pero en la adolescencia desarrollé una culpa hacia este, traducida en sesiones silenciosas junto al baño. Las embarazadas suelen vomitar todo lo que huelen en el primer trimestre. Para mí fue una especie de redención. Cada vitamina que consumía, se traducían en un nutriente para el futuro cuerpito de mi hija. En la lactancia experimenté un hambre voraz, pero lejana a la culpa. Al contrario, gozaba pensando en que la marraqueta con tomate que me había comido al desayuno se convertiría en leche dulce para Lila. Habiéndome deshecho de las pelotas en los pechos y logrado producir ese líquido amarillento que mi hija saboreaba y devoraba feliz, sentí esa conexión de la que se jactaba mi madre y esa necesidad de la que trataba Nelson. Definitivamente estábamos hechas la una para la otra y mis pechos pedían ardientes que Lila mamara cuando necesitara. De ellos no había salido ni ceniza ni sangre, sino leche de la más pura y dulce. Cuando amamanto, con Lila nos miramos cómplices a los ojos, ahora me sonrío y me acaricia con sus manitos, me dice “papá” agradeciendo por la comida, porque injustamente no sabe decir “mamá”.

Lo que más odio de la lactancia es sacarme leche. La máquina extractora carece del calorcito de mi hija. No se da vueltas en la cama, ni me mira con ternura. Es la sensación más parecida a ser una vaca, y esto lo escribo sentada en el baño de la universidad, con el sacaleches enchufado al pecho, rogando que nadie malinterprete el sonido de la máquina, que suena bastante parecida a un vibrador. Sin embargo, este odioso instrumento es el que permite que mi hija se alimente mientras yo vengo horas a la universidad. Porque, aunque llevo nueve meses sin comer lácteos —porque a Lila le dan alergia—, se me está cayendo el pelo y se me partió un diente por falta de calcio, nada va a impedir que logre la meta de darle leche durante diez meses a mi hija. Tal como lo hizo mi mamá. Mientras me extraigo leche, sacio el vacío existencial que me produce hacerlo leyendo a Shirley Jackson, literatura gauchesca, o escribiendo trabajos.

Desde que supe que estaba embarazada desarrollé una incapacidad para leer literatura escrita por hombres. Antes del embarazo, me parecía admirable la influencia de la paternidad en la literatura de Alejandro Zambra; lloré una tarde entera con *Camilo* (2023), novela gráfica que compré solo por el alcance de nombre con mi pololo. Y en mi primer acercamiento a *Literatura infantil* (2023), previo a mi condición de madre, me sumergí en la belleza de la experiencia paternal. Pero cuando me convertí en la pecera gigante que engendraba a mi hija en potencia, comencé a rechazar todo lo masculinamente escrito. Por muy paternalmente presente que fuera. Necesitaba hallar comprensión en lo femenino, en especial en la experiencia maternal. Sin ánimos de poner a competir a cónyuges del mundo literario, encontré refugio en escritoras como Jazmina Barrera y Maggie Nelson, que se atrevieron a exponer imágenes de su maternidad, a ahondar en lo claro/oscuro del embarazo, en los miedos y en la experiencia de ser lo más parecido a un frutero —Barrera cuenta en *Línea negra* (2020) que las aplicaciones para embarazadas comparan semana a semana el tamaño que debería tener el feto con una fruta; en el momento en que yo leí la novela, Lila era del porte de un plátano—. Deseaba ser media hipster como ellas, escribir como ellas, parir como ellas. Como mencioné anteriormente, no parí en una piscina como Jazmina Barrera, ni mucho menos he logrado acercarme a su prosa. Es más, desde que soy madre me ha costado sentarme en el computador a escribir o hasta vomitar ideas en mi libreta. En *Línea negra*, Jazmina Barrera afirma que posparto se encerraba a escribir mientras su hijo Silvestre dormía la siesta; cuando leí esto encontré que era el mejor consejo. Un recién nacido duerme, en promedio, dieciséis horas: tenía ocho de sobra para crear y entregar trabajos. Al siguiente día de haber parido, comencé a ponerme al día con las clases que había perdido, aún hospitalizada. No entendía nada de lo que leía, pero seguía funcionando. Ya en la casa, me colgaba a Lila en un fular y escribía durante sus largas siestas, con ella pegadita a mi cuerpo. No sé por qué todo lo que lograba escribir parecía terrorífico. A pesar de sentir que mi experiencia maternal estaba siendo de

cuento de hadas, solo lograba escribir relatos sobre guaguas endemoniadas o madres que eran asesinadas. Comencé a sentir culpa por lo que escribía, desarrollé una especie de paranoia en la que Lila es una especie de ente superior que juzga todo lo que escribo o pienso escribir.

Hoy por hoy, llevo nueve meses dándole leche a Lila. No sé cómo hay madres, como Jazmina Barrera o mi mamá, que logran dar pecho más de diez meses. Porque, a pesar de los dos litros de agua que me tomo diarios, y de hacer trampa tomando Sulpilan a escondidas de mi ginecólogo, a estas alturas mis pechos producen un hilo de líquido casi transparente, que con suerte satisface a mi hija en cada toma. Cada día tengo los pechos más flácidos y menos turgentes. Últimamente se me ha hecho más fácil escribir, aprovechando los minutos en los que estoy sin mi hija, en el metro, en el baño de la universidad o mientras duermo: signo de que cada vez tengo menos prolactina invadiendo mis neuronas. Poner a Lila, con un diente, en mi pezón no es ni parecido a lo que era darle leche imaginaria al Guatón. Es una lucha por mantenerla concentrada mientras ella solo quiere tirarme el pelo y decir “hola” con la voz más aguda que existe, y una constante disyuntiva entre si será minuto de dejar la lactancia o si el deseo por mantener esta conexión es mayor. Sigo escribiendo cuentos de terror, sin siquiera haberme atrevido a ver *Chucky: el muñeco diabólico*, y no me he podido librar de la vocecita juzgadora de mi hija que ronda en mi mente por todo lo que pretendo escribir. Pero por lo menos avanzo en mis cuatro ramos universitarios y he desarrollado el poder de crear literatura siniestra, con una guagua chupándome la cara, o escuchando al payaso Plim Plim —que actualmente me parece mucho más diabólico que Chucky—.



"El diablo con una espuela,/ adentro de una chingana/ bailaba una sajuriana/
con una diabla chicuela. Al compás de una vihuela/ saltaba como pescado..."

Puente Alto, Poesía popular.

CRÍTICA DE LIBROS

isa

El valor del silencio
de Isabel Larraín,
por Rayén Cancec

Ligia
de Rosabetty Muñoz,
por Javier Lefilaf

Holly
de Stephen King,
por Vicente Sepúlveda

El eco que deja el silencio

por Rayén Cancec



TÍTULO DEL LIBRO

El valor del silencio

AUTORA

Isabel Larraín

EDITORIAL

Cuarto Propio

AÑO DE PUBLICACIÓN

2025

NÚMERO DE PÁGINAS

84

Isabel Larraín ha creado, con *El valor del silencio*, un poemario que se sostiene en el filo de lo no dicho. No hay estridencia ni exhibición, sino un murmullo que persiste mucho después de cerrar la última página. A través de una escritura depurada y profundamente contenida, la autora logra que el silencio hable, que lo pequeño resuene, que el lenguaje se vuelva umbral.

Cada poema parece haber sido escrito con una respiración lenta y pausada, con la conciencia plena del espacio en blanco como territorio expresivo y como testimonio empapelado. Lejos de cualquier exceso, la poesía de Larraín encuentra fuerza en la pausa, en lo que se retiene. Leerla es como observar el caer de una hoja: nada interrumpe el gesto, este toma su curso natural y en aquel vaivén se encuentra su belleza. Sus palabras no buscan provocar una reacción inmediata, sino una reverberación duradera, una grieta por la que se filtra el pensamiento más íntimo, su reflexión personal sobre algo tan trillado como lo es el tema de la muerte.

La memoria, el duelo, la infancia y la soledad son lugares comunes, y la poeta los utiliza de forma notable; se presentan como ecos suaves, como huellas. Larraín no pretende explicar la vida, sino convivir con su misterio. Escribe: “de una palabra / muere el amor / en un segundo eres recuerdo”, versos que condensan con claridad su mirada compasiva sobre la pérdida de la persona y la permanencia de los recuerdos. Esta forma de invocar sin nombrar, de acercarse sin invadir, es una muestra de la madurez de una voz que entiende que en la escritura no siempre se trata de decir más, sino de decir lo necesario.

Uno de los logros del libro es cómo lo cotidiano se transforma en algo ceremonial. Todo se vuelve signo, objeto de contemplación. No hay dramatismo, sino intensidad serena y reflexiva. Como en los versos: “Ir venir / sacar lo humano de las cosas / en frente la mirada de los locos / ausculta / un cigarro / un caramelo / media hora de un año / del resto de nuestra historia”, Larraín convierte gestos mínimos en umbrales de sentido. El cigarro, el caramelo, la media hora: objetos comunes que se cargan de memoria y de presencia gracias a una mirada que no los apura ni los juzga. Así, su poesía se vuelve una forma de habitar lo habitual con un respeto casi ritual, donde cada imagen susurra más de lo que dice.

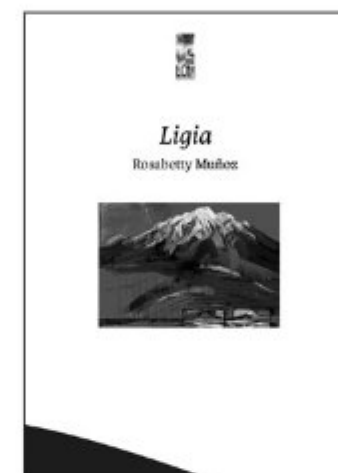
El silencio no es ausencia, sino materia; no es vacío, sino forma de acompañar. En su poética, el silencio no es un recurso, sino una convicción estética y ética: el mundo no necesita más ruido, sino otra forma de mirar y habitar lo que ya existe.

El valor del silencio es una obra que invita a la lectura lenta. En un tiempo donde lo inmediato predomina, Larraín propone detenerse, escuchar, recordar. La poeta no impone sentidos: los sugiere, los deja caer como semillas. Y ese gesto, tan simple como radical, es lo que hace que esta obra se ilumine en su quietud.

Así, *El valor del silencio* no solo se justifica como un buen libro, sino como un necesario contrapunto: un espacio donde la palabra deja de ser instrumento de ruido para volverse herramienta de escucha. Un libro que nos devuelve a lo esencial. Que nos recuerda que, a veces, lo más necesario no es una respuesta, sino un lugar donde las preguntas puedan descansar en paz.

Buscar la propia tierra como quien se busca a sí mismo

por Javier Lefilaf Sabja



TÍTULO DEL LIBRO

Ligia

AUTORA

Rosabetty Muñoz

EDITORIAL

LOM

AÑO DE PUBLICACIÓN

2019

NÚMERO DE PÁGINAS

62

A lo largo de su extensa obra, Rosabetty Muñoz ha trazado un sendero que explora el tema de la derrota. En *Ratada* (2005) ha capturado la esencia del lugar abandonado y condenado: “No esperen una postal amable / deste pueblo de mierda / [...] / Para estar aquí / hace falta estar vencido”; mientras que en *Canto de una oveja del rebaño* (1981) y *En nombre de ninguna* (2008) ha hablado con delicadeza por otras (y otros), disolviendo su identidad en lo extraviado y silenciado: ovejas descarriadas, niñas que abortan, niños que mueren. Su poemario *Ligia* parece una síntesis de estos elementos. Muñoz desentierra en este libro las voces de un territorio: este lugar es Chiloé y sus alrededores, aunque estos se extienden hasta encarnar un sentido universal.

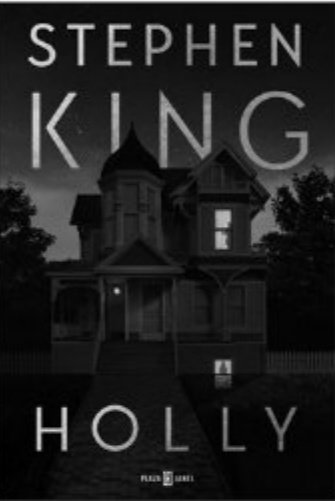
Ligia se compone de poemas breves que presentan a Ligia y el país de Ligia, personaje y país-personaje. En estos se emprende la búsqueda de una tierra extraviada, con la esperanza de encontrarla brillando en el fondo de una charca: “El cuerpo de Ligia para decir el país / usaremos su cuerpo como un atlas”. Cuerpo y territorio se vuelven uno; su olvido, una herida en el espíritu.

Rosabetty Muñoz se adentra en la búsqueda de un tiempo perdido, tarea similar a aquella a la que Teillier dedicó su vida: emprender marcha atrás, por todos los medios, a través de la palabra poética. Buscar en los rincones de la palabra: un lugar y un tiempo no registrados, un río antes de la sequía, los antepasados que parecen no importar a nadie. En los versos: “En cada familia / hay un hueco en la fotografía / una silla detrás de la puerta”, Muñoz establece esa relación con el olvido que todos, por nuestra simple condición de ser hijos de hijos de alguien, compartimos. ¿Qué puede hacerse con la desaparición, el exilio de quien cada día es olvidado un poco más? La contienda de la palabra poética es, hoy como siempre, alcanzar aquello alejado de nuestras manos. La poeta aspira a la reconstrucción de un tiempo, un territorio, un recuerdo.

Los poemas de *Ligia* plantean que abandonar a nuestros antepasados es también abandonar nuestra tierra. De esta forma, el territorio se vuelve cuerpo. La tierra siente y reflexiona, y Ligia y su país están conectados por la palabra. El nativo, al volver después de tantos años, no solo se extraña ante el rostro cada vez más deformado de sus abuelos, sino que también ante la apariencia de su mismo pueblo. La aldea de Teillier se asoma por momentos, pero se vuelve una geografía cambiante, en que la lengua y las visiones de la comunidad luchan por mantenerse en pie: “La decisión de quedarse / las palabras que morían todos los días en su boca”.

Resulta tentador leer *Ligia* como una alegoría de la obra de la propia Muñoz: ambas son una indagación, casi paleontológica, en busca de indicios de nuestro origen, pero también una hoja de ruta de hacia dónde nos dirigimos y dónde podríamos llegar a parar. Como escribe la poeta: “Uno quiere envejecer en su lengua. / Buscar, para morir / el sitio donde está enterrado su cordón”.

Clásicos horrores modernos



TÍTULO DEL LIBRO
Holly
AUTOR
Stephen King
TRADUCCIÓN
Carlos Milla Soler
EDITORIAL
Plaza & Janés
AÑO DE PUBLICACIÓN
2024
NÚMERO DE PÁGINAS
624

por Vicente Sepúlveda

En *Holly*, Stephen King articula el estilo narrativo al que nos tiene acostumbrados con temas profundamente actuales. Ambientada en los años circundantes a la pandemia del covid, esta es una obra sobre relaciones familiares: un matrimonio de caníbales, hijas desaparecidas y la muerte de una madre obsesiva que deja a la protagonista con más preguntas que respuestas.

Holly Gibney, tras la muerte de su madre y de heredar la agencia de detectives privados Finders Keepers —por parte de Bill Hodges, protagonista de la trilogía *Mr. Mercedes* (2014-2016)—, debe decidir si tomar o no el caso de desaparición de Bonnie Dahl. La novela se erige como un relato sombrío, donde King, con una prosa más intimista, introspectiva y contenida de lo usual, dota de dinamismo el misterio al cambiar hábilmente el foco narrativo entre sus personajes.

Entre ellos, destacan los antagonistas: Rodney y Emily Harris, un matrimonio octogenario de buena posición social y trayectoria académica en los campos de la ciencia y la literatura. Ellos encarnan una de las principales ideas de la escritura de King: los peores monstruos no surgen de lo sobrenatural, pueden ser humanos comunes y corrientes. El autor es consciente de que ya ha trabajado figuras como estas y subvierte sus propios tropos al evocar una especie de fuerza sobrenatural en los Harris. “La muerte revela secretos”, escribe en una de sus páginas, una afirmación que vale tanto para el matrimonio y sus motivos para asesinar, como para Holly y la relación que tuvo con su madre.

Lo que falla en la novela tiene que ver con la contingencia de la que nace. King no frena su pluma cuando introduce pasajes de crítica explícita hacia figuras como Donald Trump. Esto recuerda al King más clásico, el de novelas como *La zona muerta* (1979), donde creó a un personaje que anunciaba este arquetipo de político actual, el populista Greg Stillson. Pero si Stillson funciona en su historia, esto se debe a que no se siente como un personaje panfletario.

Otro de los puntos débiles de *Holly* es la forma en que están contruidos los diálogos de ciertos sectores etarios. King ha demostrado en obras anteriores, como la novela corta *Otoño de inocencia: El cuerpo* —perteneciente a *Las cuatro estaciones* (1982)—, que la relación entre los protagonistas es creíble por la forma en que se trabaja el dialecto de los jóvenes de esas décadas. Aquí, en cambio, esas conversaciones no se sienten realistas, como si King hubiera perdido el oído para capturar el habla.

Holly es un nuevo intento del autor de Maine por incursionar dentro de la novela negra. Es una obra que tiene muchos aciertos estilísticos y villanos al nivel de los antagonistas más clásicos del universo del autor. Las fallas, como la lección moral que King pretende dar cuando nombra a los círculos o a los votantes trumpistas, son mínimas, y la novela se disfruta por lo que es: un thriller de suspenso que se encuentra entre lo mejor de la producción actual del escritor.

CONCURSO LITERARIO ESCOLAR

1991

Agradecemos al jurado de esta edición del concurso, conformado por Valeria Araya Lopetegui, María Isidora Campano y Rosario Elizalde, quienes evaluaron atentamente las obras participantes.

También les damos las gracias a todas las y los jóvenes que enviaron sus sus textos literarios a esta convocatoria, y felicitamos a quienes resultaron ganadores en cada una de las categorías.

POESÍA

PRIMER LUGAR:	“Este año no hay cosecha”, de Benjamín Bettini
SEGUNDO LUGAR:	“Renacer”, de Pía Ceballos Valderrama
TERCER LUGAR:	“Amistad”, de Gabriela La O Basulto

CUENTO

PRIMER LUGAR:	“Un espacio vacío”, de Lucas Fonseca Jiménez
SEGUNDO LUGAR:	“Las últimas palabras”, de Valentina Escobar Fuentes
TERCER LUGAR:	“Amor al monte”, de Bleidys Hernández Sáenz
MENCIÓN HONROSA:	“Jaula”, de Lucas Núñez Reyes

Un espacio vacío

por Lucas Fonseca Jiménez

Un sueño repetido en una mente antigua. El momento se repetía una y otra vez en su mente, desde que lograba cerrar los párpados hasta que se abrían nuevamente con el sonido de la alarma que emitía el reloj, al lado opuesto de donde Santiago dormía. No podía evitar recordar ese fatídico accidente que cobró la vida de una persona.

Cada detalle de ese momento permanecía grabado en su mente de una forma anormalmente nítida: el grito de la goma de los neumáticos contra el asfalto, el sonido de la bocina... Una... Dos... Tres... Cuatro... Cinco veces, acompañadas de gritos, antes del impacto, luego un silencio sepulcral que no lograba romperse ni siquiera por el eco de la entrecortada respiración de Santiago, ni por la leve y agotada respiración de Lucía, la mujer que lo había acompañado por más de 45 años de matrimonio. Esa cantidad de tiempo sí la tenía clara en su mente, pero no lograba recordar cuánto tiempo había pasado desde aquel día. Y, aun así, el peso de la culpa seguía oprimiendo su pecho como una mano invisible.

Había intentado olvidarlo, pensar que no podría haber hecho nada de forma diferente para evitarlo, convencerse de que no fue su culpa, sino del joven que iba como piloto en el vehículo. Al menos, eso era lo que decía el veredicto después de ese juicio que se sintió eterno. Sin embargo, las noches eran implacables, y el sueño, siempre igual, lo arrastraba nuevamente a ese momento como un cruel recordatorio de que lo había perdido todo y no pudo hacer nada para evitarlo.

Esa mañana, al apagar la alarma e incorporarse con lentitud, sintió que algo había cambiado: un detalle apenas perceptible en el aire, como si algo más estuviera haciéndole compañía desde algún rincón de su habitación.

El día transcurrió como un río lento y denso, arrastrándolo a través de una rutina que, a su parecer, ya no tenía sentido.

Santiago preparó su desayuno, pero la comida no tenía sabor, y el café se enfriaba en la taza mientras miraba por la ventana de la cocina. Afuera, el mundo seguía adelante, indiferente al peso que sentía, que lo aplastaba cada vez más.

A lo largo del día, la sensación de compañía se volvía más y más intensa. A veces era un murmullo suave, como el roce de una brisa en la piel. Otras, un olor familiar: el leve perfume de frutos rojos que Lucía solía usar hasta su último de sus días y más todavía, Santiago giraba la cabeza en busca del origen de esas pequeñas muestras de presencia, pero daba igual hacia dónde mirase: se encontraba solo.

Por la tarde, el cansancio lo venció. Se recostó en el sillón donde solía sentarse con Lucía para hablar de todo y de nada. Cerró los ojos y sintió un calor tenue en su mano, como si alguien entrelazara sus dedos con los suyos.

Esa noche, al acostarse, por primera vez en varios días, tal vez incluso semanas, el sueño llegó rápido y sin resistencia. En sus sueños, volvió al día del accidente, pero esta vez algo era distinto. Lucía estaba allí, mirándolo con una sonrisa afable, como si quisiera decirle algo que él no podía comprender del todo.

Cuando el reloj marcó las 1:37 a. m., su batería llegó a su fin y se detuvo para siempre. En la cama, Santiago se encontraba inmóvil, con el rostro en calma. Finalmente, había encontrado la paz que tanto buscó desde ese día que le arrebataron mucho más que a su esposa. Y en algún lugar de la habitación, quizá el rincón más silencioso o tal vez en el lado de la cama más cercano al reloj, un tenue susurro se desvanecía: "Ya estoy aquí, amor".



Este año no hay cosecha

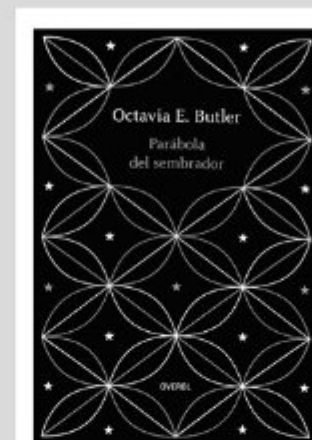
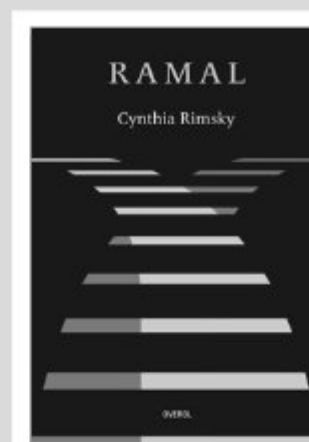
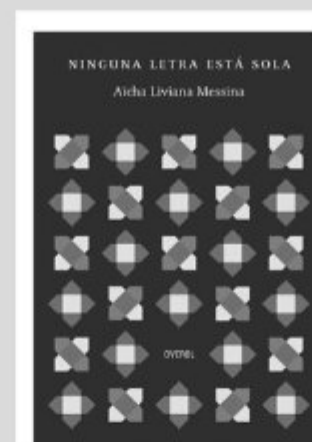
por Benjamín Bettini

a Jesús Ortega

Aún ladraban los perros
en las entrañas de la noche.
Tú fuiste entre calle y avenida
el niño herido de la fuga,
la fatiga que en ti iba de marea alta
esquivabas con gestos de tosco animal,
roído por los sinsabores del nocturno.
¿Es la luz de los faroles
que embriaga tu mirada?
¿Son los muros entre las cuerdas
una celda para tu alma?
Has ido con el paso tenaz del tiempo,
pues tú, infante de arena,
ya no estás en ningún lado.
Sonaron los cañonazos
y temblores de plumas
vinieron a socorrer
al cielo muerto de hambre.
Tu propia cola no es fatiga,
ni tu palma el herido faisán;
corre y hazte entre los semáforos
tan venerable como las luces;
de tan alto, perdida estrella,
¿dónde podría encontrarte?

VISÍTANOS EN
WWW.EDICIONESOVEROL.CL

OVEROL



Editorial Cuarto Propio

Síguenos en...  @editorialcuartopropio  /editorialcuartopropio



Visítanos en www.cuartopropio.com

Las reacciones pueden diferir
subjetivamente (se supone
que hay personas que llegan
a mearse de la risa), pero
no cabe duda: el humor
se produce solo cuando se
comparte una comprensión.